Papelucho

misionero



Marcela Paz

Lectulandia

Luego de apagar un incendio con el colchón de la Domi, Papelucho ha descubierto cuál es su misión en la vida: ser bombero. Sin embargo sus planes cambian cuando viaja junto a su familia a África, donde además de cazar y corretear fieras salvajes, quiere ser misionero y convertir a los africanos al cristianismo. Acompañado de sus dos nuevos amigos. —Tucú y Juanito, un pequeño gorila—, Papelucho realiza un paseo al interior de la selva africana, durante el cual vivirá fantásticas aventuras, conocerá una tribu de caníbales y a unos contrabandistas de caimanes que lo mantienen prisionero.

Marcela Paz

Papelucho misionero

Papelucho - 8

ePub r1.0
Titivillus 22-06-2024

Marcela Paz, 1966

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

1



Desperté con las voces. Hablaban en difícil, parecía una comedia de radio para grandes. Pero eran voces conocidas. Yo estaba debajo del sofá, sujetándole la pata quebrada mientras se pegaba y tal vez me quedé dormido. Ahora tenía mis dedos pegados a la pata y si los tironeaba podía quedar sin dedos o el sofá sin pata. Además alguien estaba sentado encima y me reventaba paulatinamente.

—No estás en edad para decidirlo… —decía la voz de mi mamá.

—Es un soberano disparate —decía mi papá—. Antes debes recibirte de bachiller… —los pies de papá casi me topaban, paseándose.

—Me recibiré en la escuela —la voz de Javier, esa voz nueva de maestro que tiene a ratos, los zapatos de Javier chillaban gordos. Era lo único que yo veía.

—¡No vas a decirme que piensas ser marino! Un hijo mío… marino… —clamaba papá.

—Es mi vocación —la voz de Javier sonó con un gallito—. Se trata de mi vida, la que voy a vivir yo. Tengo vocación de marino y debo ser marino.

Parecía furioso.

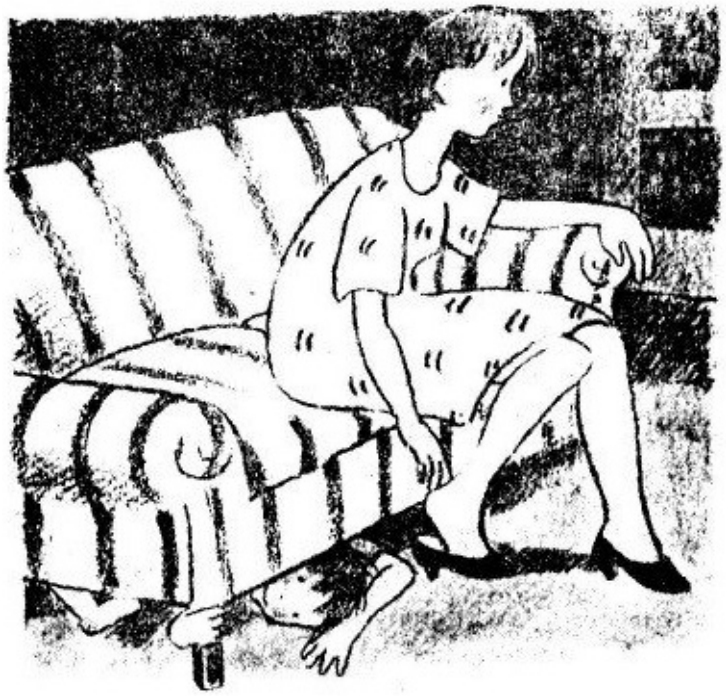
—Eres todavía un niño —dijo mamá y se sacó un zapato. No sé cómo le cabía. Su pie era tanto más grande que ese zapato que me tapó la cara.

—Está equivocada, mamá. Ya no soy un niño. Soy un hombre y sé lo que quiero. Cuando uno siente lo que yo siento, sabe que es un llamado. Cada hombre tiene en la vida una misión que cumplir. Para eso nació. Mi misión es ser marino.

—Puedes serlo más adelante… No veo por qué ha de ser ahora…

—He sido aceptado. —Javier parecía un maceteado—. ¿Va a cortar mi carrera?

Yo imaginaba a Javier corriendo a mil por hora y a mamá cortando su carrera. Sentía el «llamado» de la vocación de Javier y me parecía que todas las olas del mar, las ballenas y las gaviotas le gritaban: «¡Ven Javier!». Había dicho que tenía una misión que cumplir. Cada hombre tenía una misión. ¿Cuál sería la mía?



En ese momento mi mamá cambió de postura en el sofá. Fue un desastre. Yo quedé aplastado igual que una chinche en el suelo. Me ahogaba y me dolía todo. Pero mamá gritaba más. La levantaron, la sobaron y después se ocuparon del sofá. Me sacaron de debajo machucado y con la pata pegada a mi dedo.

—¡Tenías que ser tú!, —chilló papá.

—Trataba de componerlo —expliqué, pero nadie me oía.

Me mandaron castigado a la cama y con la pata pegada a mi dedo para siempre.

¿Tendría que vivir en la cama toda mi vida con ese dedo-pata? ¿Sería esa mi misión en la vida? ¿Habría nacido para eso? Sentía el llamado del sofá…

Me volví en la cama y apreté los ojos. Si Dios le había dado a Javier la misión de «marino», ¿por qué a mí la de «pata de sofá»? Yo estaba sentido

con Dios. Me parecía insultante que no esperara nada más de mí. ¿Se había imaginado que yo apenas servía para eso y nada más?

Me dio pena de pensar que nadie, ni Dios siquiera, me estima. Se me apretó el gargüero y no podía respirar. Traté de pensar en alguien que me alabe, o que me hubiera alabado alguna vez. Pero no. Nunca jamás. Todo lo contrario; puros retos, castigos y qué sé yo.

Por suerte la pena reventó por la nariz, porque si no me ahogo. Un romadizo y chorros, pero chorros de lágrimas calientes y saladas. Ricas para lengüetear cuando uno es desagraciado. Yo no estaba llorando. Estaba comiendo lágrimas.

Me imaginé que Javier entraba en mi cuarto, me veía y me decía:

—¡Poco hombre!

Salté de la almohada y de un tirón me arranqué la pata del dedo. Salió con cuero y todo, pero no me importó la sangre.

—¡Soy hombre!, —dije—, y aunque nadie lo sepa, yo lo sé.

Di vuelta la almohada y me senté en la cama cumpliendo mi castigo. Me puse bien con Dios y le dije:

—Señor, tú eres el único amigo del que no tiene ninguno. Tú no puedes querer que yo fuera una pata de sofá. No siento esa vocación, ese llamado. Yo quiero algo mejor. ¿Podrías darme otra misión? Quiero una entretenida…

Dios no me contestó pero me quitó la pena y lo demás. Comprendí que estaba pensando en ayudarme y me alegré. Dios se preocupaba de mí, me iba a llamar igual que a Javier y nadie me atajaría.

Desde ese momento fui otro. Era como nacer a un mundo nuevo y cada cosa que yo quería hacer me preguntaba si era mi misión. Si era ese el «Llamado». Todo se volvía interesante, estaba como viviendo una película de suspenso y yo era el héroe.

2

Estaba metido en cama con mi famoso castigo y puramente pensando en la cuestión del «Llamado» y de la vocación. Y justo, sonó el teléfono.

Nadie lo contestó y lo dejé sonar. Sentía la cuestión de mi castigo y que cuando uno está cumpliéndolo, tiene que seguir cumpliéndolo aunque se queme la casa. Y sentía el rin rin pomposo que tiene el aparato del teléfono cuando suena sin que nadie conteste. Trin trin seguía rabioso, y yo lo despreciaba cumpliendo mi castigo. Hasta que por fin algo me dijo dentro:

—¡Es el llamado!, —y de un brinco salté de la cama, levanté el fono… y cortaron. Requemado me volvía a mi cama, cuando veo una luz estereofónica. Era una luz distinta, roja, bailona, con explosioncitas y olores diabólicos. Ni me acordé del castigo, sino que con fuerza magnética, el imán de la luz me dominó. ¡Y justo! ¡Se estaba quemando la casa!

Unas llamas maquiavélicas como olas de fuego subían y subían con un calor… Solo faltaba ahí la víctima, porque era una hoguera de verdad. La mesa del cuarto de la Domi se había abierto de patas, las llamas trepaban por la muralla, y la cortina plástica de su ventana hizo ¡whist! Y desapareció. La casa entera se iba a desintegrar antes que volviera nadie…

Pensando a retroimpulso imaginaba la cara de mi mamá cuando me encontrara carbonizado entre las cenizas y se viera además sin casa. Pensaba:

—Eso les pasa por dejarme solo y castigado…

Mi corazón rezaba: «¡Dios mío, ayúdame a apagar el incendio!».

Mis manos tiritonas llenaron de agua la cantora de la Domi y la tiraron a las llamas. El fuego hizo ¡pscht! Y empezó a arder más lejos.

—Dios mío, ¿qué hacen los bomberos cuando no tienen hachas ni manguera?, —rezaba mientras sacaba la cuenta de que si llamaba a las bombas me demoraba mucho, que si pedía socorro, ardía la cuestión entera… Así que mis manos llenaban otra vez la famosa cantora. Si al menos las mamás tuvieran casa de material antialérgico al fuego…

Y ahí me vino la idea.

Con fuerzas de Sansón pesqué el colchón de la Domi y con colchón y todo me tiré encima de la llama. El pobre fuego se acható con el golpe, se acabó de un run la bella luz y todo se volvió humo. Tosiendo, estornudando y con los ojos apretado de picazón, pataleé encima del aparato apagador hasta que sentí voces.

Eran vecinos, bomberos, carabineros y hasta un perro. Me sacaron afuera y me daban agua y me hacían gimnasia. Solo entonces pensé que me iban a echar la culpa de todo…

Pero un bombero descubrió que era la plancha enchufada que quemó la mesa y chamuscó lo demás. Yo no era el culpable. Yo era el héroe.

Cuando llegó mi mamá con mi papá yo sentía como una agüita en la garganta de tanto que me alababan y la Domi llorando se echaba toda la culpa y se aplicaba el castigo.

—Pagué lo aturdida que soy con mi colchón —decía sonándose con la mano brillante—. ¡Ir a comprar dejando la plancha enchufada!, —y chillaba.

Y ahora resulta que soy héroe. No nací así, pero soy. Y no había tratado de serlo, sino que los bomberos me hericiaron sin quererlo yo. Resulta que si no hubiera resultado «heróico» habría resultado «carbónico».

Cuando uno no está acostumbrado a ser «héroe», se siente un poco pésimo; una cuestión rara como flato en el alma, o sea justo al revés de lo que uno siente cuando le echan la culpa de algo injusto. Claro, uno tiene que aguantarlo igual que aguanta el viceversa, aunque se sienta un poco hipócrita de no haber hecho nada tan macanudo para sentirse así. Da como miedo de que lo alaben tanto y de repente lo vayan a desalabar. Es casi preferible no ser héroe. A uno le carga que le hagan la pata.

Pero la cuestión no tiene remedio. Soy héroe por culpa del incendio. Así que yo entiendo que Dios me llama a ser Bombero. Esa es mi misión. Yo encantado con tal de que haya incendios todos los días. Porque debe ser atroz estar todas las noches desvelado esperándolos y no poder cumplir su misión.

Cuando por fin terminaron de hablar de mí, me puse a escribir mi diario. Y estaba en eso, cuando de repente oigo la voz de papá que dice:

—Tengo una importante noticia que comunicarles. Vamos a hacer un viaje…

Salí corriendo.

—¿Nos vamos a Concón, papá? ¿Javier también?, —porque me daba miedo que le quisieran cortar su carrera, su vocación, su misión y todo lo demás.

—Javier entrará a la Escuela Naval cumpliendo su misión —dijo mi papá con voz chata— y nosotros partiremos al África a cumplir la nuestra.

—¿Para siempre jamás?, —pregunté desconsoladamente.

—Por ahora iremos por tres meses —dijo mi papá y mamá se sonó.

—¿Hay incendios en África? Porque si no hay yo no puedo ir. Tengo también mi misión —le dije con violencia.

—Tu misión es obedecer —respondió perpetuo, y el agua de héroe que tenía en el cogote se me congeló ipso flatus. Porque cuando uno es héroe tiene que seguir siéndolo y si a uno le cortan la carrera de bombero puede ser fatal.

Agonicé un minuto y entonces recé para callado: «Dios mío, si tú crees que mi misión es obedecer voy a tener que ser santo».

Pero en ese momento, tragué mucha saliva hasta que pude respirar y me hablé consolativamente.

—Resulta que nos vamos al África —me dije, tratando de acostumbrarme y de repente vi sus desiertos en llamas, vi sus elefantes, sus camellos, sus cebras, leones y cocodrilos y me llené de risa feliz, de esa risa que le tira a uno las orejas para atrás. Era fenómeno irse al África. Tuve que darme una vuelta de carnero sin impulso y aterricé encima de la mamá.

Y salí corriendo a preparar mi maleta.

No había mucho que llevar. En África no se usa ropa y un pañuelo de narices sirve de tapabarros. ¿Cómo se vería mi papá vestido así? Volví volando.

—Ya estoy listo, mamá, ¿a qué hora nos vamos?

—¿A dónde, hijo?

—Al África, claro.

—No seas aturdido, Papelucho. Falta lo menos un mes —dijo mi mamá sonándose otra vez.

¡Un mes! Esperar un mes entero… ¿Qué iba a hacer mientras tanto?

Esa noche me desvelé rotundamente. Mirando el techo, de repente descubrí que se veían en él las aventuras que me esperaban en África. Aunque era una película en blanco y negro y muda, se notaban perfectamente los animales feroces, los colmillos de los leones y sus melenas al viento, las serpientes gigantes y hasta los rinocerontes. Daban bastante miedo, porque era noche. Era mejor cerrar los ojos y tratar de dormir mientras estaba en Chile.

Soñé cosas fantásticas. Cazaba leones que escupían llamaradas y los ahorcaba con serpientes que disparaban humo por la cola. Mi mamá se reía

vestida como cebra y papá, en traje de Tarzán, le sacaba petróleo a un dinosaurio.

Decidí confesarme antes de irme al África, y fui donde el padre Juan.

—Padre, me acuso de todos los pecados de una vez. Me voy al África y quiero irme confesado y penitenciado.

—¿Al África, hijo?

—Sí, padre, ¿por qué no?

—¿Sabes dónde está el África?

—Claro. ¿Quién no conoce la América mal hecha…?

—¿Van en viaje de agrado?

—No, de misión. El papá y yo va cumplirla.

—¡Caramba! ¿Y cuál es la tuya?



—Bombero y otras cosas.

—Aprenderás idiomas…

—¡Cómo se le ocurre, padre!

—Irás al colegio, hay buenos colegios allá…

—Ud. ni tiene idea, padre. Tengo mucho que hacer. En la mañana tengo que ir a cazar algo para la comida y armarle la choza a mi mamá. También matar arañas, corretear las fieras y tranquilar a mamá que es nerviosa.

—Veo que llevas todo dispuesto. ¿Pero y tu alma?

—¿Cómo mi alma? La llevo confesada y reajustada y también allá ni se peca, entre puras fieras…

—Hay niños africanos que no conocen a Dios…

—¿Africanos en África? Bueno, si hay, no quedará ninguno sin conocerlo mientras esté yo allá.

—¿Serás misionero?

—Ya le dije que bombero. Bueno, bombero-misionero si esa es su penitencia.

—No es penitencia, Papelucho, una simple sugerencia.

Así que además de bombero soy subgerente de los misioneros. En fin, se ve que lo vamos a pasar bien y ni habrá tiempo de aburrirse.

Me faltan apenas veintinueve días y estoy armando mi equipo de africano. Tengo que llevar una flecha, y un yatagán, un rifle y un buen tambor.

Para eso tengo que juntar plata, porque son caros, y para tener plata lo mejor es trabajar.

Tengo tres trabajos y son:

1.º En el colegio le hago las tareas a los castigados, y cobro por hoja.
2.º Tengo el negocio de «aseo», que es dar vuelta los tarros de basura de la calle y tocar el timbre para ofrecerme a recogerla. Pagan bien…
3.º Hago colas por cincuenta lucas los tres pasos. Ahí me gané trescientos. Total seiscientas lucas. Si en un día gano seiscientas en veintinueve alcanzo a juntar para comprar todo el equipo.

Esta mañana me dejaron haciendo cola en un paradero de micro y el señor que me contrató, no volvió más. Tuve que subirme al micro para no parecer idiota y tuve que hacer el recorrido para ídem. Total que llegué tarde al colegio y perdí plata. Y todo el tiempo pensando qué le pasaría al tipo que me dejó en la cola… Me imaginaba que lo habían atropellado, y otras cosas tremendas que le habrían pasado. Así que contesté pésimo, porque yo estaba preocupado. Claro, el profesor cree que porque uno es chico no tiene

problemas y me dejó hasta las siete. Fue un día completamente fatal. Menos mal que me voy al África y ahí no pasan estas cosas…

A mi mamá le ha dado con suspirar y se creer mártir.

Todo el día habla por teléfono y se compadece y le cuenta a las amigas que va a hacer un «sacrificio» y qué sé yo. Cuando uno hace un sacrificio no lo dice, porque decirlo lo hace inválido, creo yo. Pero es tremendo ver a su madre suspirosa, así que le dije:

—Mamá, usted ni se da cuenta de lo feliz que va a ser en África. No hay que pagar cuentas ni suspirar por nada, porque no hay casa. También yo pienso bañarme en el Nilo, así que usted no tiene que preocuparse de mi limpieza, porque me bañaré vestido.

Me miró y se atoró y se sonó. Se ve que se tiene lástima.

—Mamá —le dije— ¡qué suertuda es usted de irse tan feliz a las selvas! Si yo encuentro alguien como usted capaz que me case…

La mamá me abrazó y me besó como cuando yo era chico y se rio por primera vez. Después dijo:

—Me cuesta dejar a Javier… Me preocupa tu educación allá y la niña.

—Estoy decidido a cuidarla yo —le dije— y a reemplazar a la Domi. Pero gratis. También le diré que le voy a hacer una hamaca a usted y yo la abanico con una palmera…

3

Mientras hablábamos, ella apartaba cosas en la despensa. Iba haciendo dos montones: uno de cuestiones macanudas que eran válvulas viejas, llaves rotas, fierros, alambres y tapones malos y otro de cosas inútiles como tazas pintadas, fuentes plateadas y tonteras de recuerdos.

—Te daré tus salidas igual que a ella —dijo distraída— y también te daré todo esto que no me sirve…

Pero sonó el teléfono y partió.

Si a ella no le servían, menos me servían a mí sus famosos recuerdos de vitrina, y si no nos servían a ninguno de los dos, menos servían para darlos. Así que los amontoné en un cartucho y los tiré a la basura, justo cuando pasaba el gran camión del aseo.

Cuando venía entrando de la calle, mamá me llamó:

—Sí, Papelucho, sigamos limpiando la despensa.

Y seguimos. Todo iba a dar al montón ahora, hasta que apareció un abanico, creo que de Eva.

—¿Dónde pusiste las otras cosas?, —me preguntó.

—Las tiré a la basura y se las llevó el camión basurero —dije sintiéndome el hijo que ayuda.

—¡¡¡Quéee!!!, —gritó histérica.

—Usted me las dio porque no servían. A mí tampoco me servían y las boté.

—¡Estas son las que yo te di!, —repercutió.

—¿Estas? ¿No le sirven?, —me sentí millonario con tanto material, pero la cara de mamá era tremenda. Tuve que hipocritizar mi cara de gusto y consolarla a ella sin acordarme de mí.

—Oiga, mamá —le dije—. Nos vamos al África, acuérdese. Allá no necesita esas cuestiones. Y aquí tampoco las necesitaba, si las tenía guardadas. También está desocupando la casa y la mejor manera de desocuparla es botar todo…

—¡Cállate!, —chilló—, has botado las cosas valiosas que guardaba…

—Lo único que le sirve es el abanico este, allá en África… y muchas gracias por esto —le mostré las llaves y el montón— yo creía que esto era lo que le servía.

Pidió agua, se tiró en un sofá y se sintió mártir otra vez. Yo no la puedo ver mártir porque me siento el león de Quo Vadis, así que tenía que preocuparla de otra cosa para desamartirizarla.

—¿Dónde estará la Ji?, —le pregunté, y saltó como una pulga, sin lágrimas ni pena.

—Búscala inmediatamente —me ordenó y empezó a gritos con la Jimena y la Domi y marcando todos los números de teléfonos del barrio para saber si estaba ahí. La Ji no aparecía y los ojos de mamá se ponían a cada rato más redondos. Yo me remordía de haberle preguntado por ella… y cuando más me remordía, moví la ropa sucia que estaba amontonada para el lavado, y encontré a la Ji debajo.

—¡Estaba jugando al invisible!, —me dijo riendo—, y después se me ocurrió jugar a que era muda y ya iba a jugar a que era sábana sucia, cuando me encontraste…

A mamá se le arreglaron los ojos y nos dio un caramelo.

Esta mañana, cuando me iba al colegio, mamá me dijo:

—Tengo que comprarte alguna ropa… ¿serías capaz de tomarte una micro para ir a juntarte conmigo en la Plaza de Armas?

—Usted me cree guagua que me pregunta eso…

—Entonces, saliendo del colegio te subes a la micro Catedral y te bajas en la Plaza. Yo estaré esperándote. No te olvides, la micro Catedral…

Apenas sonó la campana, volé a la esquina. Yo quería llegar a la Plaza antes que mi mamá y no hacerla esperar y mostrarle que cumplo. Miraba los letreros de las micros uno y otro y otro y nunca jamás llegó el que yo esperaba. Porque con la cuestión de que ella me dijo «Catedral» se me revolvió la memoria y yo esperaba la micro Parroquia.

Después de tanto tiempo que me sonaban las tripas, por fin me di cuenta que no había ninguno que dijera Parroquia así que me subí a uno que decía «Hermita», y fui a dar tan lejos que para volver me demoré todo el día. Cuando uno mete la pata y además tiene hambre y sabe que va a llevarse un reto injusto, le gustaría estar enfermo de gravedad… Empezó a dolerme la cabeza y todos los machucones de las piernas y la costra que tengo en el codo y la uña que cambié el año pasado. Apenitas podía caminar y llegué a la casa arrastrándome y me acosté. A cada rato me sentía más grave y con más fatiga. La Domi me trajo una empanada heladita y al poco rato me moría de verdad y

vomitaba, hasta por las narices. Y por fin llegó mamá bien cariñosa porque parece que ella no fue a la Plaza a esperarme porque se atrasó en la peluquería y traía el peinado más macanudo inmenso-inmenso y fofo que se volaba y era como una señora completamente de etiqueta.

Hoy no fui al colegio porque tuvimos que ir a sacar una cuestión que se llama «pasapuerta» y me llevaron a Investigaciones que es donde están todos los prontuados y me retrataron y me prontuaron y me archivaron con dedo y todo. Y ahora no más podemos salir de Chile. Y parece que nos vamos pasado de pasado mañana y en un avión a chorro y sumamente colosal.

La casa está distinta y con eco. Uno grita y repercute toda y tiene algo como de estación y paquetes y maletas y tierra que nadie limpia. Y hay un puro tenedor para todos porque a mamá se le olvidó dejar para estos días así que comimos todos con cuchara, menos papá. Y los días son perpetuamente distintos porque no hay mañana ni tarde sino que puramente día y todo el mundo confundido y enojado y apurado.

La Domi llora todo el tiempo y tiene la cara color de jamón y se suena con todo lo que pilla porque se le acabaron los pañuelos, el papel y su delantal lo tiene ya empapado así que usa las servilletas y las sábanas.

La Ji pasa todo el día en la casa del Jolly porque ahí no se pierde y juega con juguetes importados de verdad y la mamá del Jolly la quiere con pasión de madre, nadie sabe porqué.

Javier vino a despedirse y hablaba con voz de locutor de radio y tenía modales de otro y daba bastante vergüenza porque a papá le decía «señor». La mamá quería llorar como la Domi pero no tenía tiempo porque venían unas personas a visitar la casa y tenía que sonreír y decirles en cada cuarto que disculparan el desorden y explicar que nos íbamos al África.

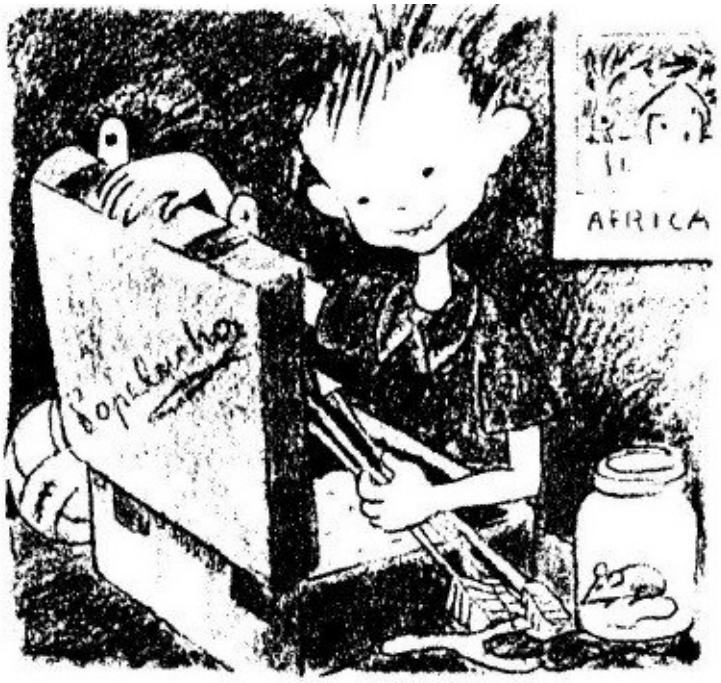
Ya por fin se está acabando el día y cuando despierte mañana va faltar apenas uno para subirnos al *jet*, dispararnos por el cielo y aterrizar en el África.

Tengo lista mi maleta y llevo alambres y válvulas que sirven para armar la choza de mi mamá y fabricarme las armas que no alcancé a comprar.

Guardo en una media vieja de mamá un ratoncito chileno que me llevo de recuerdo y que me encontré enredado en los alambres. Se llama Colo Colo y me acompañará siempre cuando sea misionero y lo amaestraré para que sea mi guía en las selvas, olfatee a los leones y avise si están cerca. También lo necesito para tener con quién hablar, o si no capaz que se me olvide.

Son la once de la noche y hace bastante sueño. ¿Qué hora será en África? Dicen que es distinta y es más temprano allá. Lo que yo digo es que si nos

embarcamos a las cinco de la tarde y llegamos al África a las dos de la tarde de ese mismo día, ¿qué se han hecho las horas que faltan? ¿Uno es dos horas más joven? Una flor abierta, ¿se volverá botón allá?



4

Estamos en el aeropuerto, listos para partir. Escribo mi diario por último vez en Chile y tal vez por última vez en castellano. Miro mi patria por última vez, respiro su aire y saludo su cordillera también por última vez.

Siento algo raro amotorado en la panza por primera vez.

Hay miles de gentes en pelotoncitos gritones que hacen un ruido como colmena gigante. Por encima de esta mazamorra se oye a cada rato una voz como del Padre Eterno que anuncia la llegada de un avión o la salida de otro. Y no son tan importantes tampoco porque son tantos… Van a Miami, a Osorno, a Lima o a Concepción y da igual y llaman a los señores pasajeros, que somos nosotros, y apenitas se va un pelotoncito, se va formando el otro.

Ya hace una hora que estamos aquí esperando que nos llamen. Al principio me entretuve: mesones con chocolates, postales, recuerdos y ese ascensor adentro de uno. Después las amigas de mamá con su paquete de caramelos o galletas y creyendo a cada minuto que partíamos. Un llamado del Padre Eterno, un avión en la pista, una escalera con ruedas, una puerta que se cierra y un pajarón grande que se arrastra hasta tomar vuelo. Después de ocho ídem, es lata. Uno cree que no va a partir jamás.

Mi papá discute medio furioso con dos señores de la compañía en que trabaja. Mamá no suelta a la pobre Ji y habla tonteras con sus amigas. Por suerte la Ji está jugando a que es paraguas y ni se mueve.

—Deja esos paquetes donde puedas —me dije en secreto mamá—. Tenemos el peso justo… No podemos llevarlos.

Miro la cantidad de cajas de caramelos y chocolates que apenas puedo sujetar. ¿Cómo se le puede ocurrir a mamá que los voy a dejar aquí? ¿Y si en África no tenemos qué comer?

Aprovecho un momento de abrazos y saludo y debajo de un banco vacío mi maleta de las porquerías de ropa que allá no necesito y acomodo en su lugar los paquetes encintados. Caben justo, pero mi maleta se pone repesada y como no la puedo, me siento en ella a escribir.

¿Cuántas horas más hay que esperar?

La salida de la casa fue ultratérmica. Si mi mamá se confundía en un viaje a Viña, hay que ver su confusión para irse al África.

Cuando estábamos listos para partir, se bajó del auto porque no tenía las llaves… Después de buscarlas media hora en toda la casa, se acordó que no las necesitaba. Partimos en el auto, y al llegar a la esquina se le ocurrió que no había cortado la luz. Vuelto atrás a cortarla. Yo aproveché para darle comida a mi ratoncito y tuve que sacarla del tarro de basura. En el camino le dio a mi mamá con que yo olía mal. Lo que olía era la comida de Colo Colo en mi bolsillo, pero poco a poco él se la va comiendo y el olor es más suave.

Llegamos al aeropuerto. Ahí ipso flatus uno cambia de pelo y se vuelve «Pasajero» que es un personaje distinto, importante, extranjero y sin casa. Uno ya es del aire, en el aire hay un asiento para uno, el cielo lo espera impaciente. Aunque yo pago medio pasaje y la Ji nada, tengo derecho a medio asiento propio y África me espera con sus serpientes y sus moscas tsé-tsé. Traigo un montón de bolsas plásticas para mi colección y no estoy muy seguro si voy a ser un sabio o un cazador o un misionero. Depende de lo que resulte más entretenido.

La voz del Padre Eterno anuncia el vuelo N.º 623 y ruega a los pasajeros pasar por la puerta N.º 1 con su pasaje en la mano. La voz atruena con eco de Juicio Final y un montón se deshace entre abrazos y palmotadas para ir a apelotonarse en la puerta 1. ¿A qué hora vendrá nuestra anunciación?

Hay una chiquilla mirona con pollera colérica escocesa y maletín igual. Tiene pelo de fleco y ojos de caramelo y le faltan dos dientes. Lo único que quiero es que no vaya al África porque ni sé lo que voy a hacer allá para que me deje en paz. Todo el rato me mira como si yo fuera televisión. Yo tengo elegidos mis pasajeros de avión y escogí a un militar lleno de cosas de oro que no se ríe jamás y se pasea con un señor pelado. Escogí dos monjitas que rezan todo el tiempo seguramente para que el avión no se caiga y un caballero gordo que lleva una escopeta y aperos de pesca. Había elegido también uno con estuches al hombro que creo eran telescopios, pero partió en otro vuelo.

Llegando al África voy a soltar al Colo Colo que está muy nervioso y que me hace mucha cosquilla. También en el avión voy a largarlo un ratito.

Otra vez se anuncia un vuelto de Alitalia a Buenos Aires, Río de Janeiro, Dakar y Roma. Ya ni me importa ninguno ni dónde van. Estoy acostumbrado. Sigo escribiendo mi diario. Por fin la chiquilla no está delante mirándome y ojalá no la vea nunca jamás. Debe estar en el pelotoncito de la puerta N.º 1 lista para elevarse. Miro, y la veo mirándome. Pero a su lado está la Ji y mamá y papá con caras de locos gritando: «¡Papelucho!».

Y por fin voy volando en *jet*, rumbo a Dakar, África, vuelo N.º 623. A miles de pies de altura y a millones de kilómetros por hora de grinich. Es un avión supersónico con alfombra, ceniceros y tenemos cinturones grandes con inmensas hebillas y asientos de cic-espuma.

Apenitas nos elevamos estamos ya en la cordillera que no da ni miedo porque tiene montones de nubes gordas y blanditas como algodones. Junto con elevarnos cambié de vocación y de todos modos voy a ser aviador piloto de Alitalia. Porque también sirven unos almuerzos en bandejitas con de todo gratis y uno se puede repetir hasta ocho bandeja si quiere. También tengo un montón de tarjetas postales y sobres aéreos que venían en mi asiento completamente regalados y un paracaídas completamente propio. Ojalá lo aproveche mientras vamos volando.

Soy feliz por fin y compadezco a Javier que es puramente marino.

Voy sentado al lado de una ventanita que mira al África; a mi lado va la Ji en mi asiento (porque no paga) y la mamá a su lado, rezando rosarios porque ni habla de susto. Es lo malo de las mujeres, que son poco hombres.

Mi papá va en el asiento de adelante conversando con el caballero gordo de los aperos de pesca y están íntimos amigos. Aunque habla pésimo el castellano es entretenido y le cuenta cosas divertidas del África, de diamantes, de oro, de millones, de serpientes y aventuras. A papá se le pasó la pataleta que traía oyendo a este caballero sus cuentos entretenidos.

La chiquilla mirona va en este mismo avión, bien adelante, pero parada en su asiento mirando para atrás, sigue espiándome. Yo creo que ella siente amor. Ojalá aterrice antes del África porque casi me está hipnotizando.

He ido al baño cinco veces porque me encanta caminar en el aire con alfombra y ver correr agua y averiguar dónde cae todo y cuánto demora en llegar abajo. He mandado varios mensajes en claves a la cordillera para algún indio o alpinista con un sándwich envuelto para que llegue luego y lo alimente en su hambre.

El Colo Colo ni se movía. Tal vez estaba mareado y por eso lo saqué de mi bolsillo aquí en el baño. Pero se me arrancó para siempre. Y como en el baño no había espacio para perseguirlo, dale con treparse por las murallas y venirse al suelo. Total que mientras lo pillaba golpearon a la puerta. Primero suavecito, y cada vez más fuerte, hasta con rabia. La voz de mamá decía urgente:

—¡Abre, niño! Hace una hora que estás ahí metido.

Abrí, y ¡tac!, el Colo aprovechó el instante y escapó por el pasillo alfombrado. Alguien lo vio, y aunque fue una sola persona, los sesenta

pasajeros del avión se largaron a chillar. Dicen que se produjo «pánico» y llegó el piloto y todos los tripulantes hablando en italiano como malos de la cabeza.

¿Irían a aterrizar si no lo pillaban?

Ya ni quedaban montañas afuera. Puramente la aburrida pampa argentina y sería atroz bajar ahí sin picachos ni precipicios ni aventuras…

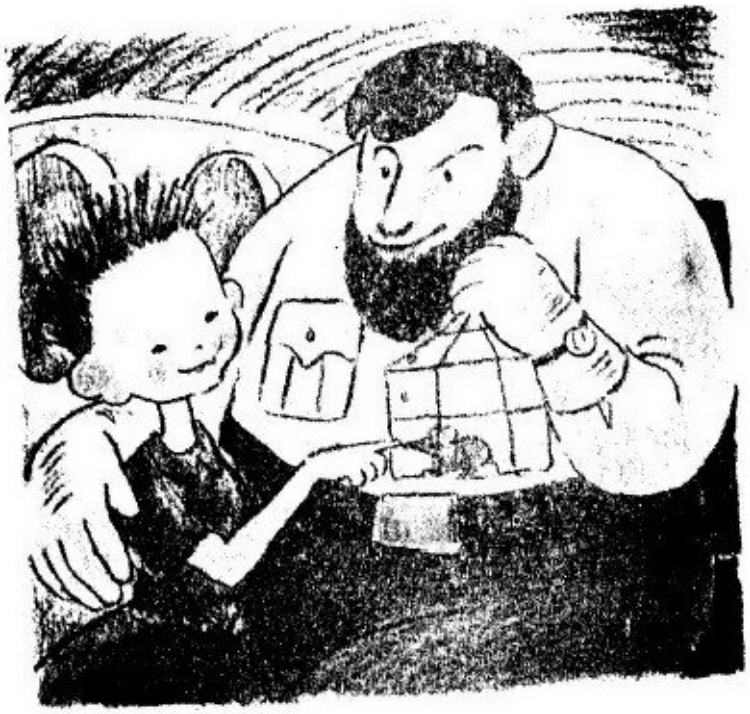
El amigo de papá hizo un cepo con sus manos gordas y negras y pilló al Colo Colo de un papirote. Es un verdadero cazador y caza un ratón igual que un león y es lo más amigo de papá y parece que mi papá se va a asociar con él en África, porque no piensa en ir a la lata de estudios petroleros, porque hasta cuándo, dice y peleó con la compañía en el mismo aeropuerto. Uno se aburre de que lo exploten y lo dirijan y más vale probar suerte verdadera en el sur de África y no aburrirse en más refinerías y empresas. Mi mamá piensa lo contrario y está sumamente taimada y puramente reza, ya que ni tiene con quién hablar y tampoco ni diario para escribir.

5

Apenitas había terminado mi almuerzo número 8, cuando al *jet* se le ocurrió bajar como un chifle y ¡claro! Mi almuerzo no alcanzó a bajar con él, se quedó arriba y me salió disparado con todos los otros almuerzos y hasta mis tripas, creo. El avión estaba en tierra, pero yo estaba lacio y fallecido. No había caso de avivarme hasta que por fin me trajeron al Colo Colo.

Con él calentito en mi bolsillo, me calenté yo un poco. Habíamos aterrizado en Buenos Aires para que se bajara la chiquilla mirona y otras personas que ni se atrevían a ir al África siquiera. Subían pasajeros nuevos con caras distintas y también algunos perpetuamente negros felices y solteros.

Mi papá cambio de asiento porque se le había pasado toda la rabia y se acomodó al lado de mamá como un amigo y le contaba las maravillas que vamos a hacer en África y los enormes brillantes que va a vender para hacerse rico.



Nosotros con la Ji tuvimos que sentarnos al lado de Siku, el caballero cazador de leones, que como es entendido, traía una jaulita plástica especial y ahí metió al Colo Colo.

—Nuestra mascota —decía Siku— nos traerá buena suerte…

Pero una señora gorda, con sus nervios, obligó a que lo taparan porque le daba terror. El propio piloto nos trajo su recado.

El Colo tapadito, mamá riéndose con los cuentos que le contaba papá y la Ji y yo paralelos con las aventuras de Siku y volando sobre el Atlántico y qué sé yo, se hizo de repente la noche. Era la verdadera noche, en pleno cielo, sin luces que la estorban. Miré al Colo para ver si dormía y…

Apenas quedaba el techo de la jaulita plástica. El Colo se la había comido casi entera y se había ido, tal vez para siempre.

—Silencio —dijo Siku—. No decir que escapó…

La Ji soltó la risa y yo miré definitivamente a la señora nerviosa. Se había dormido con la boca abierta y por su cogote le caminaba el Colo…

—Está bien ahí —dijo Siku cuando se lo mostré—. Come las semillas del collar de la dama y ella no despertará porque ha tomado píldoras…

A la dama le quedaba casi la pura cadena en el cogote y el Colo Colo se banqueteaba con los porotos de colores.

—Tiene comida y diversión para media hora más —dijo Siku mirando su reloj—. Lo recogeremos antes de llegar a Dakar en esta jaulita… —y de su bolsillo sacó un enredo de alambres que con un tironcito se volvió jaula incomible.

—Es para arañas o pequeños cocodrilos —explicó.

La gente del avión roncaba tapada con frazadas celestes y sus cabezas chuecas con caras feas, soñaban aburridas. Hasta mi mamá resoplaba su mechón mientras papá dormía como siempre con los ojos abiertos y la boca apretada.

Puramente los negros sonreían con sueños divertidos. El *jet* cruzaba el cielo nocturno buscando el amanecer del África. En poco rato más aterrizaremos entre panteras, cocodrilos y brillantes inmensos. No podía dormir de gusto.

Un caballero negro en el asiento del frente roncaba como león y su vecino se carcajeaba soñando lleno de cosquillas y brincos. Siku ponía los ojos blancos tratando de dormir y la Ji se chupaba su dedo gordo con frenesí. Yo era el único despierto en todo el avión y era importante que no se me cerraran los ojos por si llegábamos al África y el piloto ni se daba cuenta que habíamos

llegado. Miraba el reloj de Siku para avisarle cuando se cumpliera la media hora…

Solo quedaba un poroto en el collar de la dama nerviosa. ¿Habría más collares en los cogotes de las pasajeras dormidas?

Traté de despertar a Siku porque el Colo había mordido el último poroto, el negro, pero Siku era un pontón de piedra indespertable.

Me desaté el cinturón y corrí por el pasillo para llegar justo a tiempo cuando el Colo terminaba el poroto. Le apliqué la jaulita, y Colo Colo entró en ella enteramente por sus pies. Cerré la puerta y quise traerme la jaula, pero se había enredado en el collar de la dama. Tiré suave y más fuerte, remecí la cosa porque la señora dormida de píldora, algo sentía y aleteaba con las manos como espantando una mosca. La jaula se desarmó y volvió el mismo enredo que era antes, con la única diferencia que el Colo estaba dentro, y la jaula colgaba del collar rotundamente.

Por lo demás, debíamos estar ya en África. Siku es de esa gente de manos peludas que no se equivoca nunca, y él había calculado el último poroto al llegar a Dakar. Yo el avión dormía, menos yo y Colo Colo. Si el piloto no despertaba luego, pasaríamos de largo, llegaríamos otra vez a Chile dando la vuelta al mundo. Un *jet* es cosa rápida. Miré hacia fuera y divisé claridad. Tenía que ser de África ese cielo…

Corrí hacia la cabina del comando a avisarle al piloto. Sobre la puerta se encendieron las luces de: «Atarse el cinturón».

Yo confundido me apreté el de mi pantalón que estaba en el último hoyo y casi me corté en dos. Sentí que mi alma iba a trepar al cielo…

El techo me cayó encima con violencia. Rodé por el pasillo, pero no por la alfombra, sino más bien entre luces, maletas y rejillas. Los parlantes zumbaban cosas increíbles, tal vez en africano.

Ni supe cómo aterricé en la falda de una monja, de esas que creen en Dios hasta dormidas y no se asustan de nada.

—Alabado sea el Señor —dijo sujetándome con sus manos rosadas y gorditas—. Hemos llegado a Dakar.

El *jet* corría pajarón por la pista abollada de los suelos del África. Los pasajeros comenzaban a reajustarse enderezando cogotes, abriendo ojos lagañosos sin el mayor bostezo.

Se oyó un grito maquiavélico y el avión tiritó como una ballena eléctrica y se paró ahí mismo.

Por el pasillo, como la sombra de un relámpago, pasó corriendo el Colo desnudo de su jaula.

Había un zumbido raro en el aire y un no sé qué algodonado en los oídos.

La señora nerviosa explicaba sonriente que había tenido un sueño de que un ratón le colgaba del cogote y se había la simpática para borrar su grito asustador. La Ji le preguntaba a mi monja por qué tenía la cara en una caja, papá y Siku hablaban a un tiempo y mamá se confundía otra vez como si estuviera en casa propia.

Habíamos llegado.

Se abrió la puerta del *jet* y entró aire de amanecer. Tenía olor a un caldo desconocido y la luz del aeropuerto era rosada y fallecida. Al poner la escalera del avión, bajó por ella con majestuoso apuro el Colo Colo y atravesó la pista acelerado.

Las manos del piloto me sujetaron perpetuo.

—Déjalo ir —me dijo—. Viene la policía…

Entraron tres caballeros negros de uniforme blanco, se veían macanudos. Aunque sus caras de Chocolito brillaban sabrosas y derretidas, tenían modales de policías de verdad, muy amables.

Miraban los papeles de nosotros y seguían de largo. Parece que buscaban otra cosa. Tal vez al pobre Colo, que bajó sin papeles…

La Ji estaba a punto de dormirse otra vez. Cerraba los ojos aunque estaba de pie.

—Oye —le dije—. No te duermas. Estamos en la tierra de los elefantes, los de los chistes…

—Bueno —me dijo—. ¿Sabes por qué los elefantes tienen cuatro patas?

—No.

—Porque si tuvieran una sola, serían sirenas…

6

Y hoy, de repente, encontré mi diario…

En África se pierde todo y hasta mi Colo se perdió para siempre. Porque cuando aterrizamos en Dakar, se acercaron a papá y a Siku unos caballeros chocolitos hablando en jerigonza. Papá me apretaba el reloj pulsera mientras yo rezaba electrónicamente porque este país fuera bastante grande para que el Colo Colo se pudiera esconder del enemigo y bastante chico para poder encontrarme otra vez con él. Yo rezaba en castellano, pero estaba en África y Dios no me oyó porque no me entendió. Nunca más vi a Colo Colito.

Desde ese momento todos hablan en raro, menos yo; todos saben dónde ir, menos yo; todos se conocen y se ríen, menos yo. Desde ese momento yo estaba solo en un país de amanecida, con olor distinto, ropa distinta y gestos raros…

Miré a mamá porque mi papá se había puesto ya medio africano. Mamá y la Ji se habían achicado y parecían gente de esa que hace cola. Le tomé la mano a mamá y estaba pegajosa y fría y era como de otra, de una señora que no manda. Le duró un puro día…

Siku daba órdenes a los caballeros negros que se pusieron reverenciosos y corrieron con nuestras maletas por la pista. Nosotros los seguíamos mientras yo elegía un avión grande y majestuoso para el otro viaje. Pero los chocolitos treparon todos en un fuñinque matapiojo y ahí subimos. Los cinco. ¡Era el avión de Siku!

Cuando nos elevamos mamá tenía cara de dibujo animado sin colores, pero papá le hablaba, le chisteaba, la acariciaba tanto que por fin se le borró esa cara. Y nosotros con la Ji nos fuimos donde el piloto que nos enseñaba a pilotear con señas y risas de dientes blancos. El avioncito brincaba y se costaleaba en el aire sin caerse. Y así llegamos a Kano.

Era otro aeropuerto africano, llenos de africanos y aviones choros pero no africanos. Hacía un calor africano y un hambre chileno y una sed elefántica y la losa de la pista echaba un vaporcito tiritón. Uno estaba sordo y chato y

despistado. Porque donde esperaba serpientes, había autos y donde debía haber selvas de frutas ricas, había un restorán con bebillas en botellas.

Menos mal que el hambre no tiene idioma, así que con varias botellas familiares y unos cuantos guisos raros, me sentí menos chico, menos sordo y un poco más enchufado.

Estuvimos tres días alojados en un hotel caliente con puertas de persianas, sábanas calientes y caballeros transpirados, que entraban y salían secándose el cogote. Todos hablaban raro y algo de inglés. Yo me hice amigo del señor que entregaba las llaves en el mesón del hotel, aprendí inglés con él y acarreaba maletas a los autos. Mi mamá se bañaba y se bañaba y la Ji jugaba desnudita con una muñeca negra, también desnuda, que le regaló Siku. El papá y Siku salían todo el día y llegaban pelando. Una pura vez salimos a conocer calles y plazas y pasamos por un pedacito de selva gastronómico. Pero a nadie le interesó. Lo que les gustaba era una famosa muralla que ni acababa nunca.

Esa noche supe por fin que nos íbamos porque papá había convencido a Siku que él dejó su contrato por diamantes y no por otra cosa. También le dijo papá a mamá que Siku era «obtuso», «iluso» y no sé qué otra cuestión con «uso», pero genial. Mamá le contestaba con una pura frase: «Estamos metidos en esto y habrá que seguir adelante…» y suspiraba secándose la frente. Partir de Kano no era trabajo porque ni deshicimos las maletas y mi papá se bañaba con la camisa puesta para quedar más fresco. Así que no hubo que hacer maletas, pero claro, mi diario siguió perdido…

Y partimos en el avión de Siku para Elizabethville, esa cuestión que sale siempre en los noticiarios. Yo ni tenía la mayor idea de cómo era y como sabía que íbamos a buscar diamantes, me imaginé algo así como Kano, pero con feria libre de tesoros. Y en el avión me acordaba del colegio, y del Chaparro y el Chuleta, y casi me daban ganas de haberme quedado allá de una vez. Porque lo interesante de los diamantes no es el vidrio, sino que la aventura para encontrarlo. Y también volar en el avión de un señor obtuso e iluso, sin conocer a nadie ni dónde lo llevan a uno ni lo que pueden hacer con el padre de uno y la madre del ídem y hasta la hermana chica, da tilimbre. Así que mejor dormí todo el viaje.

Desperté cuando aterrizamos en Elizabethville y costó despegarme del asiento porque se había derretido un poco y yo también. Mamá estiraba el cogote como una jirafa que quiere respirar y papá, con la cara brillante de transpiración, miraba feliz a todos lados, yo creo que buscaba los famosos diamantes.

Tomamos unos jugos de dátiles y de otras frutas desconocidas, comimos unos pájaros escabechados también desconocidos, y nos instalamos en un hotel, fantástico, también desconocido.

Mi papá partió con Siku acabandito de almorzar, mamá con la Ji se fueron de compras porque quería «ropa ligera» y yo salí con Tucú, el piloto de Siku que me llevó a las «afueras de la ciudad».

Era el despipe. Nunca en jamás de los jamases, me imaginé que las afueras de Elizabethville eran tan súper. Selvas por fin, con árboles inmensos, de esos que les comienzas las ramas justo donde está el sol. Troncos más gruesos que un estadio, trepadoras y enredaderas especiales para que salten los monos y se columpien las serpientes y miles de millones de mosquitos musicales mágicos. Los elefantes y los leones andaban por ahí como cualquier persona, y hasta había pigmeos negros, es decir chocolitos enanos de verdad.

Tucú y yo comimos como cien plátanos y descubrimos selvas y más selvas encantadas.

—Oye —le dije en medio inglés—. Aquí me quedo yo.

—Yes, yes —dijo él.

—Ahora que me acuerdo, vengo de misionero y tengo que convertir a estos enanos —le dije en castellano, porque no sé tanto inglés.

—Yes, yes —me dijo él y me dio otro plátano. A mí ya me pateaban y si me iba a dar un plátano cada vez que le hablara, me iba a reventar. Decidí enseñarle a hablar español, porque era más fácil que el inglés.

—Oye —le dije—. Yo me quedo aquí —y me apunté el pecho y me acosté en la selva. Creyó que yo estaba cansado y me tomó en sus brazos negros y musculosos.

—No —y pataleé sin resultado. Al fin me acostumbré a ser llevado porque estaba recansado y andar por las selvas en brazos de Tucú, era como ir en elefante. Y uno se sentía algo así como emperador o qué sé yo. Pero de repente se largó a llover como un diluvio, y lo del África es que uno goza con la lluvia y no se usa paraguas ni tonteras de goma. Se empapa y listo. Da una risa-gusto porque cada gota se mete al ojo, a la nariz y no deja un hueco.

Pero a Tucú se le ocurrió meterse en una ruca del camino, que era un poco como los pesebres de Navidad, un techo de mucha paja y muros de palos de árbol pero como barandas no más. Los dueños de casa tenían collares en vez de camisa y bikini en vez de pantalones y hablaban el mismo idioma que Tucú y se reían con miles de dientes.

Yo trataba de entender y hacerme amigo. Mañana iba a convertirlos a todos y mientras tanto hacía un plan para que me entendieran lo que les iba a decir. Decidí hacerlo en preguntas.

1.º ¿Quién les manda a ustedes la lluvia para que se refresquen?
2.º ¿Quién hizo el sol que alumbra?
3.º Si Dios no hubiera hecho el sueño, ¿qué haría usted de noche?
4.º Si Dios no hubiera hecho el hambre, ¿para qué trabajaría usted?

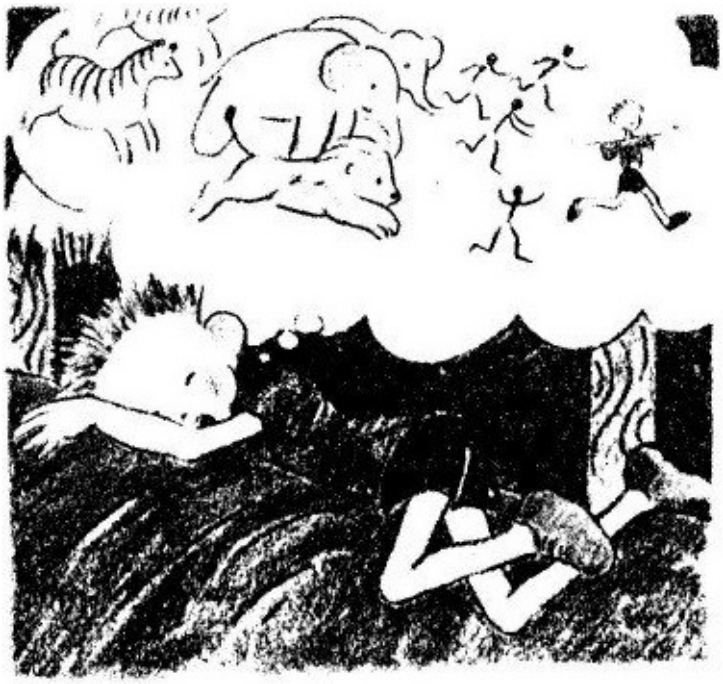
Yo creo que así los convierto y podemos hacer una parroquia dentro de un tronco gigante hueco, y ponemos arriba una gran campana para llamar a misa, y hacemos un recorrido de micro-elefantes para acarrear a los negros viejitos.

Creo que los negros se van derecho al cielo porque aquí nadie peca porque ni hay cómo pecar…

7

Cada vez que uno decide que es feliz donde está viene el son contradictorio, y tiene que viajar más…

Estaba soñando unos sueños choriflai esa mañana: los enanitos negros me seguían en una procesión derecho al cielo y caminábamos resbalosamente sin pasos, con música de mosquitos y de alas, haciendo milagros y amaestrando serpientes, mientras nos seguía una interminable cola de elefantes, leones y cebras sudorosas… cuando de repente, me enredé en un tigre que me apretaba el brazo…



Era papá despertándome.

—¡Despierta, hombre! En media hora más salimos para Kimberly…

—¿Kimberley? ¿Qué vamos a hacer a Kimberley…?

—A los diamantes… A eso hemos venido.

—Yo lo espero aquí. Vaya usted a Kimberley si quiere. Yo ya me acostumbré a vivir aquí. A la vuelta me recoge…

—Nada de eso, caballerito —dijo papá con ese modo que no me gusta—, a vestirse y andando…

—No me interesan los diamantes —dije poniéndome la camisa—. Y tampoco son los diamantes lo que más importa…

—En este caso, sí. He dejado todo por ellos.

—Son puros vidrios —alegué mientras mamá me pasaba la peineta—; a mí y a Dios no nos interesan… —Y lo miré de hipo en hipo. Él me despreció y cerró su maletín con rabia. Yo creo que se sintió subdesarrollado.

Llegó Siku con esa cara de risa misteriosa con secretos de mambas y cuchicheos de mosquitos o de mosca tsé-tsé. Traía una caja de chocolates y un collar de mil colores para mamá. A papá le trajo cigarros negros. Eso bueno tiene Siku, siempre trae sorpresas.

—Ahora conocerás la selva y sus leopardos —me dijo frunciendo un ojo —. Ahora entraremos al corazón del África… conocerás el Transvaal… los avestruces, el oro y los diamantes.

—¿Qué clase de animal es el transvaal?, —pregunté.

—No animal, región de tesoros… —dijo y abrió los brazos como abrazando los famosos tesoros.

Subimos al taxi con un chofer más negro que un teléfono y atravesamos calles calientes con su aire tembloroso. Mi mamá andaba de traje nuevo, ese que se había comprado ayer, de una cuestión tan delgada que se volaba y nos tapaba los ojos a cada rato. La Ji iba en traje de baño y nosotros los hombres con la camisa pegada entera al cuero transpirado.

El avión de Siku estaba fétido. Olía a aceite caliente, a gente caliente y a fruta caliente. Tucú me había armado un asiento a su lado en el comando y me tenía unos anteojos de aviador un poco grandes y un poco quebrados, pero me dejó pilotear un buen poco.

Cuando íbamos a llegar a Transvaal empezó a fallar la porquería de motorcito del avión. Escupía, tosía y se callaba un rato. Tucú abría y tiraba cuestiones, se veía confundido. Siku llegó con cara de loco.

—Falta combustible —dijo poniéndose blanco—. ¿Por qué Tucú?

—Yo creo que falta bencina —dije para tranquilizarlo.

Tucú no contestaba. Movía el comando como si fuera a toda velocidad mientras el pajarraco bajaba en picada. Yo pensé: «Parece que nos llegó… Lo mejor es no tener miedo, porque lo que nos va a pasar igual con miedo que sin…».

Alguien gritaba:

—¡Señor, ten piedad de nos!, —pero antes de decir «otros» el avión dio un corcovo, un cabezazo y un ruido de matapiojo muerto. Estábamos en el suelo, el avión roto como un volantín, y un pelotón de nosotros hecho un enredo entre fierros, piernas ajenas, alambres, astillas y cabezas de otros. Por suerte cada cabeza tenía su cogote y se enderezaba tisnada, llorona alguna, perpetua otra. Tucú tenía una gotera de sangre en la nariz y Siku se había puesto plomo con rayas verdes.

Salimos del enredo y papá y mamá dieron gracias a Dios y yo también. Siku y Tucú nos miraban paulatinamente mientras la Ji se golpeaba el pecho tal vez arrepentida.

—¡Qué escapada!, —dijo papá tratando de sonreír, mientras palmoteaba a mamá para que fuera valiente—. Nadie se ha hecho daño…

—Ha sido un milagro —decía mamá hablando a saltitos.

—¿Por qué faltó combustible?, —preguntaba Siku al pobre Tucú que miraba su avión que yacía fallecido.

—No es la primera vez que lo roban del estanque —explicaba Tucú en su idioma que yo entiendo pero ni puedo hablar.

—¿Dónde estamos?, —preguntaba Siku a su piloto.

—Recién había dejado atrás el río Limpopo —dijo Tucú—. Tenemos todavía dos horas de luz para orientarlos.

—¿Has salvado la brújula?

La buscamos entre las astillas y fierros sin poder encontrarla. Siku ya lloraba de desesperación porque él tenía la obligación de llevarnos a Kimberly…

Habíamos caído en una especie de potrero verde, inmenso, lleno de ovejas mironas y copuchentas que se cuchicheaban de nosotros. No veía gente pero allá lejos se divisaban bosques y pasaban los pájaros volando apurados. No hacía mucho calor pero lo que me molestaba eran esos millones de ojos de ovejas mironas que nos hacían sentirnos raros. Cada vez se llenaba más de ovejas el potrero, cada vez se nos acercaban más con sus ojos de botones.

Mamá, con su vestido nuevo hecho tirillas, registraba las ruinas buscando algo para darnos de comer. Había plátanos reventados, chocolates derretidos, un jamón en lata y una botella entera de naranjada. ¡Estábamos salvados! No moriríamos de hambre, que creo que es la peor muerte.

Siku, Tucú y papá juntaban los pedazos de un mapa y discutían dónde estábamos. Yo comía plátanos reventados que tienen gusto a segunda mano.

—Tanto ganado asegura que hay algún rancho cerca —dijo Siku—; debe haber un gerente a cargo de este capital. Un gringo bien acondicionado…

—Sin brújula no conviene separarnos —dijo papá—. Nos hará bien a todos caminar con ustedes hasta encontrar el rancho.

Y partimos. Los hombres llevaban las maletas, mamá tiraba de la mano de la Ji y yo llevaba la lata de jamón y la botella de naranjada para nuestra comida. Nunca tuve más sed ni más ganas de comer jamón. Miraba el cielo por ver si se oscurecía, pero estaba azul como un mar. ¡No sé cuándo llegaría la noche en África…!

Caminábamos y caminábamos. Siempre estaban muy lejos los bosques. La plaga de ovejas nos seguía, balando. Era como un mar que se arrastraba blanco y blanquizco tratando de pisar nuestras sombras largas. Tucú mostraba el camino guiado por los pájaros que cruzaban el cielo tan apurados.

De repente vimos unas gallinas gigantes. Tenían patas y cogotes largos, caras de gente conocida y andaban como si acabaran de salir del hospital.

Nos miraron un rato y echaron a correr a tropezones y estrellones.

—Son avestruces —explicó papá.

—Ya estamos cerca —dijo Siku—. Hoy estiman mucho a estos pájaros y habrá alguien que los cuide.

Dicho y hecho, al arrancar los avestruces, se vio una casa allá lejos y poco a poco varias casas más. Era una pena. En lugar de llegar a una selva, íbamos otra vez a encontrarnos con casas, en vez de fieras íbamos a juntarnos con gente.

—¿Viviremos aquí para siempre?, —pregunté.

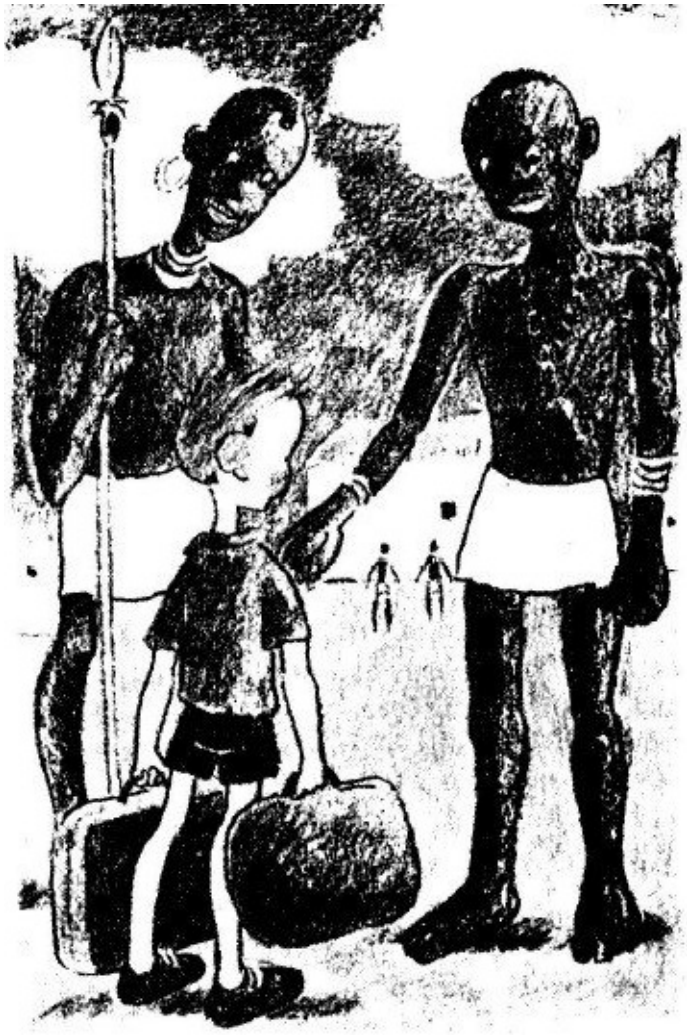
—No —dijo Siku—. Apenas avise a la compañía que se ha destruido el avión que estaba asegurado, me enviarán otro y volaremos a Kimberley…

—En ese caso trataré de no acostumbrarme —dije, porque ya me empezaban a gustar las ovejas y los avestruces…

8

Resulta que cuando por fin nos acercamos a las famosas casas que habíamos divisado, ya no estaban… Eran puramente unos quesos grandes, inmensos… Tal como si llegáramos a una quesería de gigantes y nosotros fuéramos tan enanos como una laucha cualquiera. Ahí estaban los quesos redondos y callados.

—Hemos llegado —dijo Tucú y haciendo una corneta con sus manos dio un grito de algún pájaro loco. En un momento empezaron los quesos a vomitar negros saltones y sonoros, llenos de tapas de tarros o monedas y cuestiones bulliciosas. Por fin negros como deben ser, sin camisas ni pantalones pitucos. De esos negros que yo venía a conocer, con su cuello brillante, sus huesos o sus músculos a la vista y su pelito retorcido y pegado al mate.



Se amontonaron alrededor de nosotros como si fuéramos un choque de autos y empezó la conversa con Siku y con Tucú sin que entendiéramos jota.

Estábamos en lo mejor, cuando se hizo la noche de un repentón y apenas se veían los dientes blancos y los ojos brillantes que había alrededor.

—Van a darnos hospedaje —dijo Siku— pero solo por esta noche… Mañana seguiremos viaje a Johannesburg para tomar el avión… y seguir a Kimberley.

—¿Alojaremos en un queso?, —pregunté.

—Son sus casas —dijo mamá haciéndome callar—. Te portarás muy amable porque estos negros son medio feroces…

Ya estaba mi mamá con sus sustos y sus cosas de mujer. Tucú, Siku y papá parecían sus guardianes. Cualquiera diría que se la iban a comer.

—¿Son estos los famosos hombres-leopardos?, —le pregunté a Tucú.

—Quizá —me contestó y tenía las puntas de los dedos helados como culebras.

—Me gustaría convertirlos —le dije—. Yo vine de misionero y no he convertido a nadie…

—¿Convertirlos a qué?, —preguntó Siku.

—Bautizarlos y hacerlos cristianos —le expliqué. Miró a papá con cara de pregunta y dijo con voz hueca.

—Creí que en verdad venían por los diamantes… ¿Son entonces fanáticos?

—No —le dije—, somos chilenos no más.

Pero él ni me oyó sino que se puso a discutir con papá así como picado con él. Tucú miraba y mamá rezaba. En eso llegó un negro inmenso y disparó un discurso bien largo en jerigonza y Tucú y Siku lo siguieron.

Mamá me habló en la oreja:

—Haz el favor de no hablar una palabra más —me sopló haciéndome cosquilla adentro de la oreja y dejándome bien sordo.

Entramos en el queso que era de una cuestión muy distinta a la que es un queso por dentro y había montones de hojas secas crujidoras y una cantidad de hormigas y arañitas. Mamá se puso como dura y le dijo a papá:

—Prefiero pasar la noche afuera…

—Hay serpientes —dijo Siku—: la cobra negra, la amarilla, la mamba y la pitón… No resulta prudente. Aquí al menos podemos descansar… Nos turnaremos para dormir… Yo velaré, primero, luego Tucú, luego usted —le dijo a papá.

Yo me moría de ganas de preguntarle cómo iba a matar las serpientes, pero los ojos de mamá me tenían mudo.

Por fin los hombres estiraron sus chaquetas sobre las hojas, se taparon los oídos con botones y se tiraron en el suelo todos menos Siku. Los negros se habían ido a otros quesos y uno montaba guardia en el hoyo que era puerta. Mamá nos acomodó a los dos con la Ji haciendo almohada con sus piernas. No resultaban mucho por lo calientes y llenas de brincos estéricos, pero hacía tanto sueño que nos dormimos al tiro.

Me dio más rabia cuando desperté al otro día y supe que había venido una mamba en persona a visitarnos… Ahí estaba la pobre muerta en la puerta del queso.

Nos dieron de desayuno una leche rara —yo creo que de oveja— y unos cocos, nueces y cacao molido. Mamá tenía mi oreja retratada en la pierna.

—¿Puedo hablar hoy, mamá?, —le pregunté.

—Solamente conmigo, y al oído —contestó.

—Quiero comprar esa mamba muerta para llevarla de recuerdo —le dije.

—Por ningún motivo. No tenemos ni una pieza de ropa y vamos a acarrear mambas…

—Ropa se puede comprar en cualquier parte, mambas no.

Se oyó un ruido de motor y apareció un *jeep* de esos gigantes con unos caballeros con sombreros blancos, ropa ídem y unos trapos mojados colgando de los sombreros. Hablaban en inglés con papá y el Siku y se reían en castellano.

—Son de la empresa ganadera —le explicó papá a mamá— y van de viaje a Johannesburg en una hora más. Han ofrecido llevarnos…

La mamá se puso bien chinche y a mí me bajó toda la rabia. Por lo contenta que estaba ella comprendí que íbamos otra vez a dar a un hotel.

—Mamá, ¿ahora puedo hablar?

—No todavía.

—Si no puedo hablar al menos déjeme caminar…

—Bien, pero que no te pierdas de vista.

Los caballeros del sombrero y unos negros macanudos se habían juntado y ahora invitaban a mamá y papá a contar las ovejas. Tenían unos aparatos como telescopios llenos de pernitos multiplicadores y hacían cuentas midiendo ovejas por metros y kilómetros. Muy buena idea, en vez de contarlas de a una. Mi mamá estaba feliz con el aparato. Era bastante práctico y a mí me servía mucho porque con el telescopio era imposible que yo me perdiera de vista. Así que salí caminando y caminando…

Estaba decidido a llevarme algo de recuerdo. Si no me dejaban llevar la mamba, por lo menos me gustaría llevarme una cría de la mosca tsé-tsé, esa que es tan buena para dormir. Y una caja de fósforos con mosquitas tsé-tsé no molestaba a nadie en el camino.

Me costó mucho pillar una y guardarla. Son tan chicas y distintas de las moscas chilenas. Tuve que meterme entre unas hojas inmensas para esperarla hasta que llegó.

Y estaba en lo mejor, cuando sonó un trueno de juicio final y ¡prum!, se descargó una lluvia que parecían chorros de bombas de incendio. Traté de pararme, y el chorro me botó de guata en el suelo. Se había formado un río debajo de las hojas y mi cajita de fósforos con mi mosca-criadero, se la llevó la corriente. Era inútil tratar de enderezarse. La lluvia me aplanaba contra el suelo y las hojas grandes me planchaban la espalda.

Me hice un capuchón con una hoja y levanté la cabeza para mirar. A lo peor esto era un diluvio y no podría volver nunca más a la fábrica de quesos…

Ahí, a pocos pasos de mí había un animal raro. Era un chancho inmenso y negro y brillante y con un cacho encima de la nariz y unos ojos de retorcijón. Me miraba de hipo en hipo y se sonaba a presión.

Lo mejor era hipnotizarlo. Los animales, sobre todo si son animales inteligentes, también le tienen miedo al hombre, yo he oído decir. Así que lo miré con relámpagos de mis ojos y el rinoceronte, porque era un rinoceronte, se asustó y partió galopando y quebrando hojas mojadas.

De repente paró la lluvia y el sol del África me calentó el barrito que tenía en el cuerpo. Me enderecé y me endurecí casi al tiro, porque soplaba un vientecito caliente mucho más estupendo que el de un secador de peluquería. Casi me quedo tieso, pero me moví al tiro y las cascaritas del barro se fueron cayendo al suelo para untarse al barro mojado. Todas las hojas se habían acostado y ya no había más moscas tsé-tsé. Era una pena, porque cuando mi mamá se desvele, yo no voy a tener con qué hacerla dormir…

9

Por ningún lado se divisaba el *jeep* y las ovejas habían desaparecido. Alguien me hablaba a gritos, así como retándome. Uno puede no entender las palabras, pero sabe lo que quieren decir. Era alguien muy furioso. ¿Dónde estaría metido?

Se sacudieron unas ramas y a mi lado vi un inmenso papagayo. Tenía los colores de todas las banderas del mundo y era el rey de los papagayos, porque tenía un pésimo carácter y me creía su enemigo.

Yo me hice a un lado para hacerlo creer que le tenía miedo y se quedó tranquilo. Un gorila me dio una nuez pelada y me la comí volando; otro gorila me dio un coco partido y me tragué su leche. Ya no importaba tanto que se demorara en llegar el *jeep*, porque yo había almorzado.

Los gorilas chicos jugaban saltando entre las ramas de los árboles y yo les copiaba y aprendía a sujetarme con los pies mejor que las manos. Claro que me hacían falta la cola que es la que se enrosca más firme en los árboles, y por eso me caí.

Más que por el dolor, por la vergüenza me quedé ahí botado y empezaron a acercarse todos los monitos y los monazos, y me miraron rotundamente. Yo me hacía el aturdido cuando entre todos vi la cara de un negro.

Es raro, pero cuando uno vive entre puros animales, da mucho gusto de encontrarse con un cristiano, aunque no conozca a Cristo y hable pura jerigonza.

Me levanté y le sonreí. Ahora era él que me tenía como miedo. Tal vez me creía un enano maquiavélico. Empezó a correr y yo lo seguí; detrás corrían a brincos todos los monos. Era como un túnel de hojas mojadas de pura selva de África y llegamos por fin a una cancha redonda sin árboles, pero con rucas como corralitos y muchos negros motudos y simpáticos, que bailaban alrededor de una fogata. Había otros que le hacían reverencias al fuego y ponían los ojos blancos mirando el cielo. Pero apenas me vieron a mí pasó una cosa rara. Los reverencieros, pararon de hacer reverencias y los bailarines

se quedaron quietos mirándome como si yo fuera un rinoceronte. Seguro que me creían un enano maldito…

Empecé a sentirme raro. Raro porque ellos me encontraban raro, raro de no ser negro, raro de no entender lo que decían, raro de que con solo yo aparecer ahí dejaran de bailar y de reverenciar. Yo era como un disco volador que cae de otro planeta. Y me daba rabia conmigo… ¿Serían mis orejas las que los asustaban?

Ni me atrevía a moverme y mientras más no me movía, más me petrificaba. Ellos empezaron a cuchichear y copuchar mirándome tan fijo que ni podía casi respirar. Un negro maceteado y grandioso alegaba tartamudo y le tiritaban las pantorrillas y la jeta. Otro negro de barba blanca con un sol pintado en la guata y sin un diente empezó a cantar con voz del desierto y todos se arrodillaron y agacharon la cabeza tal vez lamiendo el suelo. Yo me alegré pensando que de seguro estaban dando gracias al cielo de mi aparición. Y por eso tampoco me moví.

Un gorilita me tomó de la mano y me tironeaba convidándome a su árbol donde me aguaitaban sus parientes, y yo iba a treparme, cuando un millón de manos negras me pescaron. Se oían gritos salvajes muy cerca y casi no se podía respirar. Mi gorilita amigo había saltado de un brinco y colgaba de una rama, los demás estiraban el cogote para mirar…

Sentí una cuestión rara, parecida a la que uno siente en el hospital cuando el doctor le dice a uno «esto no te va a doler nada», pero antes de que me diera miedo me habían levantado igual que a un campeón.

Me llevaron cerquita de la fogata y hacía un calor tremendo y empezaron otra vez con sus cantos del desierto y sus reverencias y cuestiones. Dos caballeros negros pintados con rayas blancas me sujetaban y los demás bailaban yo creo que la danza de la picazón o cosa por el estilo. Otros tiraban ramas a la fogata para avivar el fuego, algotros tocaban unos tambores chicos con la mano y los negritos pataleaban gritando y palmonteándole la boca. Yo creo que era el mayor recibimiento que se le puede hacer a uno, y tal vez me querían hacer su dios falso.

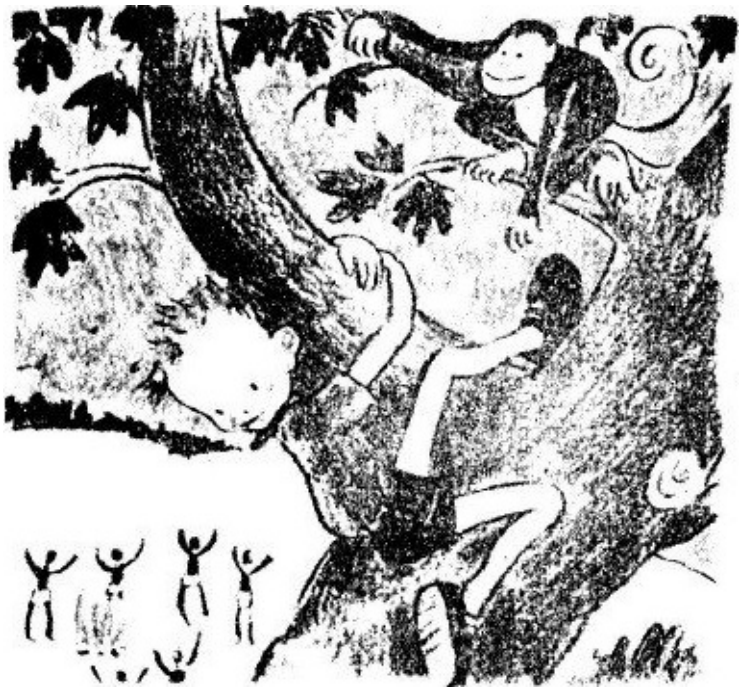
Yo estaba empapado de sudor porque cada vez me acercaban más al fuego, así que de repente les dije:

—Tengo un calor tremendo —y de un tirón me solté de sus agarramientos y me trepé en el árbol de los gorilitas. Yo no había venido al África a ser ningún Dios. Los negros empezaron a gritar todos a un tiempo, a dar brincos y pataleos y los tambores repicaban furiosos. Yo me trepaba cada vez más arriba con los gorilas. Juntos mirábamos para abajo.

Algo pasaba. Estaban como en consejo de guerra. Copuchaban, alegaban, idolatraban y escupían. Por fin trajeron un rinocerontito y lo achicharraron en el fuego de su famosa fogata.

Ahí se tranquilizaron. Y yo empecé a entender.

Porque cuando el pobre rino ya no dio más olor de churrasco de selva y se apagó el fuego y terminaron las reverencias y los bailes y los ojos blancos al cielo, los negros volvieron a hacer su vida y a comer sus cocos.



La cuestión era cómo bajarme del árbol y llegar al *jeep* a juntarme con los caballeros ganaderos perdidos, con mi mamá y su telescopio cuenta-ovejas. Ahora no estaba muy seguro si los negros me creían marciano, su dios, o simplemente me querían «ofrecer» de sacrificio a otro, tal como lo hicieron con el rinocerontito que achicharraron. Y, bueno, cuando uno es misionero no le tiene miedo a la muerte en África siempre que antes haya convertido a un negro siquiera.

Yo no había convertido a uno solo. Por eso me iba por las ramas, saltando de un árbol a otro, enredado en las lianas, rasguñado entero, sin divisar suelo ni menos el cielo. Claro, los gorilitas me ayudaban, me prestaban sus colas para agarrarme cuando daltaba un gancho, me enseñaban cómo aferrarme con los pies, etcétera.

Habíamos caminado mucho rato entre ramas, hojas, culebras y cuestiones, y justo cuando me estaba acostumbrando ¡zas!, se quebró una rama y fui a dar rotundamente al suelo. Los gorilitas se dejaron caer todos conmigo y se morían de risa. Menos uno. Era distinto, me miraba muy serio y creo que me

tenía compasión. Él me tendió la mano y partimos los dos como grandes amigos, mejor como un verdadero hermano chico de esos que son compañeros y menos molestosos que las hermanas chicas. Lo bauticé Juanito y me entendió desde el comienzo. Era una especie de secretario mío, porque cuando uno es misionero necesita su secretario, que conoce los caminos del África, que no contradice, que recoge las nueces jugosas, las parte con los dientes y las entrega peladas.

Así que cuando por fin mi mamá nos encontró con su famoso catalejo y su *jeep* embarrado y empezó con la historia de que «¿dónde te metiste? Y cómo se te ocurre traer un gorila y que es mejor para él dejarlo con su familia» y todas esas cuestiones desagradecidas, Juanito puso la cara más triste de jamás de los jamases. Yo sentía que me venía la pena y Siku me miró y me cerró el ojo que se le cierra siempre.

—Llevaremos a tu Juanito de mascota —dijo—. Lo necesitamos —y lo metió en el *jeep*.

Íbamos apretados y enojados, todos hablando a un tiempo, todos molestosos, todos dormilones. La Ji en los brazos de mamá, ella con la cabeza suelta que ni sé cómo no se le cortaba con los golpes y brincos, Siku cantando en africano y papá hablando pésimo inglés con sus ganaderos. Tucú manejaba y yo sujetaba a Juanito pensando todo el tiempo en el asunto de la manera de convertir a los negros y hacerlos cristianos cuando ni entendía jota de su idioma ni ellos la mía. Si uno viene al África decidido a ser misionero no puede dejar a los negros bailando y sin conocer a Dios.

Tiene que hacer algo. Lo malo es que me dormí…

10

Llegamos al famoso Johannesburg en plena noche y tan remecidos que nos castañeaba el cuerpo entero y teníamos los dientes rigurosamente sueltos. Los caballeros ganaderos nos llevaron a su «casa de huéspedes», nos dieron bebidas, asado y cama, pero estábamos tan cansados que no importaba ni eso. Menos a mí que me daba desengaño pensar que había venido al África para comer y dormir ídem…

Yo amanecí con el tenedor con la carne en una mano y la mano de Juanito pescada en mi otra, con un vaso grande jugo de piña a mi lado y una escopeta colgando en la cabecera.

Le di a Juanito mi carne y pesqué la escopeta.

Se ve que le habían echado mucho aceite, porque apenitas la toqué sonó un disparo y se vino abajo la lámpara del cuarto. Era de esas lámparas ordinarias llenas de vidrios y cuestiones que no sirven, pero tan sonora para caer que antes que yo soltara la escopeta estaban a mi lado los caballeros ganaderos medio desnudos, como cien negros y entre medio, la Ji.

—Menos mal que fue la lámpara —dijo el ganadero colgando otra vez la escopeta—. No la volverás a tocar.

Juanito tenía los ojos como dos chispitas de fuego y trepado en la cortina miraba asustado. Los negros recogían los pedazos de lámparas y la Ji se tomaba mi jugo de piña. Mi papá y mi mamá no habían despertado.

—¿Dónde está Siku?, —pregunté.

—Ha salido a conseguir avión para ir a Kimberley —contestó el caballero en el mismo momento en que Juanito se venía abajo totalmente con la cortina y enredado entero en sus maquiavélicos tules mosquiteros. Cuando se paró Juanito parecía una novia tremendamente fea… y furiosa, tratando de desenredarse de las gasas pitucas.

Corrí a salvarlo, y claro, se hicieron pedazos los trapos viejos envenenados de zancudos, arañas y moscos muertos. El caballero ganadero se había puesto colorado oscuro y uno ya sabe lo que va a pasar cuando un

caballero desconocido se pone de ese color. Así que pesqué a Juanito y a la Ji y salí corriendo de ese cuarto embrujado.

Juanito tiene ese modo de correr como que se cayó de la bicicleta y no quiere que sepan en la casa, pero puede recoger todo del suelo sin agacharse y también usar los dedos del pie como dedos de mano y limpiarse las orejas con la punta de la cola, y no necesita servilleta cuando come fruta porque se seca el jugo con los pelos del brazo. También Juanito es mi mejor amigo porque entiende todo y lo guarda secreto para siempre.



Así que cuando yo vi al caballero colorado escupiendo palabras en su idioma y apuntando la cortina, el hoyo donde estuvo la lámpara y el tremendo espejo que se quebró de rebote, pensé que uno no viene al África a sufrir con pituquerías quebradosas y más vale volverse para siempre a su tierra chilena. Y seguí caminando impermeable al aeropuerto.

Caminamos y caminamos con Juanito y la Ji, pero ni encontramos gente. ¿Para qué habría casas si no había vivos en Johannesburg? Y de un repentón me llegó la onda: me acordé de que mi papá había dicho que ahí la noche es igual que el día, y a los peor era plena noche a esa hora… La cosa es que ¿cómo sabe esa gente cuándo tiene que levantarse? Así que caminamos buscando el famoso aeropuerto pensando partir en el primero avión con Siku a las lejanas tierras de Kimberley. Pero lo único que divisamos eran unos inmensos cerros de colores raros y muy distintos a los de verdad, porque eran rojos o verdes o dorados. A lo peor yo había descubierto el oro que le

interesaba al papá; ahora él no hablaba más de los brillantes, pero ni me importaba toda esa cuestión mundana porque al fin y al cabo cuando uno es misionero lo que le importa es otra cosa. Y aquí no había nadie a quien convertir, y si habían estaban durmiendo, y si despertaban, ya tenían casas igual que todo el mundo, con ideas tontas igual que ídem, con problemas y cuestiones de este mundo. Los cerros reverberaban con el sol tentando a la avaricia, pero yo seguía despreciándolos y caminando.

Juanito tomaba desayuno de cáscaras y frutas perdidas; la Ji comía plátanos del suelo y yo mascaba cocos. A Juanito le sudaba la nariz y le chorreaban las gotas. Porque debe ser atroz no poderse sacar jamás su chomba propia de pelos largos negros.

Cuando uno no tiene con quién hablar, resulta que piensa y cuando piensa a veces le da por remorderse y retarse igual que si fuera un hermano grande o cosa por el estilo. Y me dio por echarme la culpa de que ni siquiera había convertido a nadie y que si me hiciera amigo de alguien tal vez lo habría conseguido y estaría más feliz.

—Bueno —dije yo—, yo no tengo la culpa de que Dios no le diera alma a Juanito… y también quién sabe si tratando y tratando de «educarlo a gente» no solo le salga alma, sino que hasta lo pueda hacer santo.

Así me consolé.

Y justo que me había consolado, cuando apareció un río a nuestros pies. Un río delgadito, de agüita limpia y gorgorosa tan transparente, que se veían los cocodrilitos chicos adentro.

—¡Bañémonos!, —clamé, pero Juanito dio un brinco y se trepó al primer árbol. Tiritaba mirando a los cocodrilos, turnio de horror. Eran sus enemigos y si odiaban a Juanito, yo los odiaba a ellos. Y cuando uno tiene calor y sed y hay un río de tentación y es completamente gratis y uno ni siquiera se baña en él, uno es un buen amigo.

A mí casi ni me había tocado antes ser buen amigo así que no sabía que era tan difícil. Pero en ese momento se oyó un ruido explosivo y una nube de tierra se abrió y dejó ahí mismo a Siku y a su moto.

—Veinte personas buscándolos —dijo rabioso—. Está listo el avión para partir… —y tomando a la Ji en brazos la montó en la moto y a mí atrás.

—¡Oiga!, —le dije—. Falta el principal, Juanito…

En ese momento Juanito bajó del árbol y le ofreció un gran coco. Siku sonrió y lo dejó trepar detrás de mí. Partimos como zumba brincando y echando tierra a chorro, patinando y saltando como verdaderos campeones.

El aeropuerto estaba lejos y ya debía ser de día porque montón de gentes, soldados colorados y otros negros, y esos que llaman portadores y que usan un puro trapo en cierta parte, y se creen bicicletas repartidoras habían montoncitos en la pista. Mi mamá estaba desconsolada y sin pañuelo y papá parecía que se iba a elevar solo, en vez del avión.

Nadie nos dijo nada y mudos nos treparon otra vez al matapiojo.

Uno cree que la gente que va al África quiere aventuras, quiere libertad y quiere sorpresas. Pero esta gente esté donde esté es ídem: dale con que a tal hora hay que hacer tal cosa y estar en tal parte, y que el atraso y la patilla.

Cuando yo sea grande y tenga hijos, en mi familia nadie va a saber lo que es la hora ni lo que es un reloj. Y solo volarán en avión los que quieran ir y los demás pueden quedarse donde les dé la gana. Y si en ese tiempo se usan las cápsulas espaciales, también será igual y nadie estará obligado a subir al satélite si prefiere quedarse descubriendo cocodrilos, elefantes, moscas tsé-tsé y jugando con sus amigos de la selva.

Si uno tiene que subir al avión a cada rato resulta igual que el colegio y no tiene sorpresas. También cuando uno va a una parte o a otra de África y sabe que apenitas se esté acostumbrando lo van a elevar para ir qué sé yo dónde, se siente como andando en fila. Cerré los ojos porque tenía cototo y se me podían salir las lágrimas. ¿Por qué nacería yo con el cuero blanco y no rotundamente negro? ¿Por qué Dios me mandaría a Chile a nacer y me haría misionero en vez de hacerme negro africano, salvaje y que alguien me convirtiera?

11

Si no fuera por Juanito este viaje habría sido un desastre.

Que súbete al avión, que bájate del ídem, que entra en un hotel, que sale al otro y apenas uno descubre algo interesante, vamos a otra ciudad.

Mi papá sigue mundano y vano, preocupado del oro y los diamantes. Ahora que estamos en la ciudad de los diamantes, le da por pensar en el oro que pudo juntar en Johannesburg. Porque resulta que esos famosos cerros rojos y amarillos eran cuestiones con oro o porquerías del ídem. Y dale con lamentarse de no haber conseguido un buen poco, etcétera.

Total estamos en Kimberley y la cuestión de los diamantes ni es tan fácil tampoco. Porque a los negros que trabajan en las minas les hacen cambiarse de ropa antes de entrar a la mina y viceversa y hasta los pasan por Rayos X por si se tragan algún diamante. Yo no sé cómo no se ofenden los negros de que los crean ladrones…

Mientras mi papá anda de un lado a otro con Siku consiguiendo un permiso para visitar las minas de diamantes y mamá se dedica a jabonar a la Ji, nosotros con Juanito y Tucú salimos a caminar por otros lados.

—Hacer paseo largo —le dijo Tucú a mamá—. No inquietarse. Volveremos mañana. ¿Me tienen confianza?

A mamá no le quedó otra y le dijo que sí, le aseguró que «sí», que con él me dejaba ir al fin del mundo. Por fin me sentí feliz.

—Veremos novia mía —me dijo Tucú cuando habíamos caminado mucho por un bosque.

—¿Tu novia es convertible?, —le pregunté.

—No te entiendo.

—¿Es pagana?

—Noooooo.

—¡Qué lástimas! Me habría gustado convertirla aunque fuera a ella.

—Ella adora al sol.

—¿Eso quiere decir que no es pagana? Creo que estás equivocado Tucú… ¿No será caníbal?

—¡Por supuesto! Completamente caníbal —dijo Tucú.

—¿Estás seguro, Tucú?

—Y como no estar seguro si fui su novio. Caníbal, toda su familia caníbal…

—¿Y vamos a ir a verla? Oye… ¿no será mejor no ir? ¿No se habrá casado con otro tu novia caníbal? Además mi mamá tiene confianza en ti y si al volver tú, te pregunta por mí… ¿Qué le vas a contestar? Oye, ¿les gustan los monos a los caníbales?

—¡A ellos les gusta todo! Son sencillos… —dijo Tucú.

—¿Tan sencillos como para que les guste… yo?

—¡Claro, de todas maneras! Tú y Juanito…

Empecé a sentir una sombra de tilimbre en las tripas. Era una cosa como la que uno siente el minuto antes que se le quiebre algo o después que ya no tiene remedio. A mí no me importaría que me comieran los caníbales si lo supiera alguna revista siquiera, alguien para que sirviera de ejemplo mi martirio. Pero que a uno se lo coma la pura novia de Tucú como quien come un maní y nadie se acuerde más… ¡chitas! Un tipo con alma inmortal y todo como yo, con su chimpancé amaestrado, su padre amontonando diamantes, su mamá tan confiada en un negro del África… ¡Me daba pena de ella!

Con lo evaporada que es vendría a darse cuenta que yo no volví con Tucú al mes después… ¡Y el medio reto que le pegaría mi papá cuando supiera que ella había tenido confianza en ese negro salvaje!

—¿Por qué tan calladito?, —preguntó Tucú—. No estamos lejos… ¿Ves ese roquerío?

—Creo que quiero volverme. Me acordé que se me quedó una cuestión.

—Detrás del roquerío hay cueva grande y linda… Minas de diamantes. Al otro lado del túnel verás tú que tribu linda hay… Nadie los conoce. Nunca llegó ahí civilizado. ¡Es maravilloso!

—¿Comen todo crudo? ¿O les gusta hecho sopa?, —pregunté sintiendo calambre en todo mi cuero.

—¿Tienes hambre? Tengo fruta y queso…

—No quiero comer. Contesta si comen crudo.

—Algunas cosas. Pero lo lindo son sus danzas, sus oraciones, su ceremonias…

—¿Comer es ceremonia?

—¡Yo qué sé! ¿Por qué te echaste al suelo? ¿Estás cansado?



—Yo creo que es mejor volver. ¿Puedo volverme solo? O te espero aquí si quieres. Tú eres el que quieres ver a tu novia. Yo, no.

—¿Tienes miedo de algo?

—Miedo por mí, no, por Juanito. Él detesta a los caníbales.

—Lo dejamos aquí amarrado hasta que volvamos.

—Tucú, tu novia debe estar mucho más vieja ahora. No vayamos a verla. ¿Te gustan las viejas?

—Yo no viejo y ella tampoco. Ella me tiene diamantes, ¿sabes? Los recoge y me los da.

—A mí no me interesan los diamantes. Son puras piedras. Me interesa otra cosa.

—También hay aquí serpientes cascabel, elefantes blancos, jirafas con dos cabezas y papagayos que hablan inglés…

—Ninguno de esos tiene espíritu —dije despreciativo.

—Para la cuestión «espíritus» hay hechiceros…

—¿Hechiceros?

Esa palabra me gustó y casi me dieron ganas de ir con Tucú. Pero me acordé de los caníbales, de la sopa, que les gusta cualquier cosa… Pensándolo, Tucú tenía las mismas ideas. A él le parecía muy natural que su novia fuera caníbal… Ya que resulta tan difícil y tan peligroso convertir a esos negros, yo me contentaría con bautizar a uno solo. Y podría ser el propio Tucú, que al menos come jamón en vez de gente.

—Tú no eres caníbal, Tucú, ¿para qué te vas a casar con una canibalita?

—Es puramente novia… —Tucú se rio enseñando un millón de dientes—. Y no es mi única novia tampoco… —rio más y como acholado se tapó la cara.

Es mucho más fácil vestir al desnudo que convertir al ateo. ¿Cómo empezar a hablarle del negocio? Pensé con mucha fuerza y por fin dije:

—Me gustaría bautizarte, Tucú.

—¿Bautizarme? Bueno, bautízame si quieres. ¿Duele mucho? Yo soy fuerte.

—No duele nada, pero hay que creer en Dios. Tú crees en el fuego, adoras al sol que son cuestiones que Dios hizo, igual que hizo al Juanito o los cocos… Son cosas que se pudren…

—¿El sol también se pudre?

—¡Claro!, —me carrileé—. El sol se va a podrir ligerito. Dios no se pudre.

—¿Y por qué no? —Tucú se había puesto serio y un poco plomizo. Ahora era él el que tenía miedo.

—Dios no se pudre porque no se muere y porque nunca comenzó —dije rotundamente.

—No te entiendo —dijo Tucú rascándose la oreja.

—Trata de entender de una vez: Dios hizo el mundo, el sol, la luna, el mar, los rinocerontes y hasta los diamantes. Todo. Si tú entiendes eso crees en Dios. Si crees en Dios, le tienes respeto y si lo conoces, lo quieres porque es Bueno.

12

Tucú es una cabeza dura. Estuve mucho rato explicándole y lo único que saqué en limpio fue:

—A ti interesa más tu misión… blancos como tú que predican de esas cosas. Aquí cerca haber una…

Lo seguí. Al menos no iríamos donde caníbales. Y también me gusta la idea de conocer misioneros de verdad y viejos; ellos podían acabar de convertir a Tucú y de todos modos yo había empezado.

Entre hojas gigantes, árboles, lianas, bosques y peñascos, llegamos a una cancha donde había unas carpas verdes tapadas con ramas.

—Esta la misión —dijo Tucú y los tres de la manos avanzamos a la carpa.

Un viejo colorado y con barba nos salió a recibir. Estaba vestido con túnica blanca y un bonete como tarro. Tenía una cadena colgando con una cruz muy rara y no hablaba más que puramente el idioma de Tucú.

Se creía cariñoso, igual que esos tíos a medio conocer que se creen simpáticos con uno y le pellizcan el cachete y le tiran de la oreja. Me cayó pésimo, pero como era misionero, le aguanté sus tonteras. Nos dio té y galletas y como ya no tenía miedo yo comí con ganas. Lo que sí estaba viendo es que no le iba a poder explicar el asunto de convertir a Tucú. Espero que Dios me ayudara y aprovecharía el momento. Poco a poco iban llegando otros misioneros con mirada turbia y uñas negras. Hacían una reverencia y se metían a la carpa.

Conversaban con Tucú y hacían bromas y todos reían mucho. Por fin me dijo Tucú:

—Nos invitan a pasar aquí la noche y así poder descansar…

—¿La noche? Pero si es pleno día…

—Pero ya es tarde. Antes tú dormías a esta hora.

Nos acomodaron a los dos con Juanito en unos sacos con olor de cachureo y nos dormimos de un run. Tucú se echó ahí cerca y comenzó a roncar…

Al poco rato desperté con algo que me había mordido. Podría ser un bicho venenoso, una cascabel o simplemente Juanito. Era él; tenía hambre, me había

olvidado darle té…

Sin hacer ruido me arrastré por la carpa al rincón donde guardaban las galletas y aprovechando que los misioneros estaban en oración al lado afuera, saqué un paquete y volví donde Juanito. Tucú seguía roncando.

Lo abrí con mucho cuidado y saqué algo que le ofrecí a mi mono-amigo.

No eran galletas. Era algo pesado y duro. Como él no se interesaba, lo miré mejor. Era un montón de piedras que brillaban en la carpa, piedras pesadas, lindas… Las guardé rápidamente y fui a dejarlas donde las encontré. ¿Dónde tendrían los misioneros las galletas? Todos los cartuchos tenían piedras de las mismas, unas más grandes, unas más chicas, unas rojas, verdes, blancas o azules… Por fin descubrí un paquete de chocolates. Se lo llevé a Juanito y lo comimos entre los dos, porque Juanito ni probaba mientras no me viera comer a mí. Y estaba comiendo los chocolates cuando me vino la idea que las piedras que yo había encontrado eran diamantes…

Y justo en ese momento entró en la carpa el misionero de la barba. Aunque me hice el dormido, descubrió los papeles del chocolate, olfateó y se convenció de que se lo había robado. Salió afuera aleteando como un murciélago y entró con los otros misioneros cuchicheándose todos a un tiempo y fueron a ver sus paquetes de tesoros. Yo aguaitaba haciéndome el dormido. No estaba asustado porque tenían que encontrar que no faltaba ninguno… Pero tal vez ni sabían cuántos debían tener, porque se pusieron a pulsearme entero y hasta le abrieron la boca a Juanito y le revisaron los dientes. Por fin se quedaron tranquilos y se fueron llevándose sus famosos paquetes. Yo creo que entonces me dormí.

Desperté cuando otra vez estaba claro. ¿O es que no oscureció nunca?

No había ningún misionero en el campamente y la carpa estaba cuidada por una calavera, un perro ovejero lindo y una máscara del diablo inmensa. Nos habían dejado galletas y un tarro de leche bastante rico.

Como Tucú seguía roncando, salí a caminar con Juanito y el ovejero que era de esos perros completamente propio y con carácter chileno. Él nos servía de guía y estaba tan seguro de su camino que teníamos que correr para alcanzarlo.

De pronto sentimos ruido de voces opacas, de esas como radio que se quedó prendida. Yo no sabía si eran los caníbales o algotros desconocidos, así que le dije al ovejero: «¡Silencio!», y los tres nos echamos al suelo.

Más allá de las ramas vimos a nuestros amigos misioneros. Estaban conversando con unos tipos que tenían sujeta una barcaza en las aguas del río.

Hablaban una lengua rara y les iban entregando una cantidad de inmensos colmillos de elefantes. Un misionero los contaba y anotaba y un tipo raro hacía la misma cosa mientras otro los echaba a la barcaza y los tapaba con ramas.

Cuando terminaron de echarlos, hablaron mucho rato y discutieron.

Después el misionero de la barba sacó con mucha ceremonia sus cartuchos de diamantes. Fue contando uno a uno y poniéndolos en una pesa que sostenía otro misionero. El otro mientras tanto anotaba y hacía cuentas. Los ojos de los tipos raros brillaban tanto como los mismos diamantes.

Cuando terminaron de pesar y contar apareció un gallo inmenso que no tenía más ropa que un sombrero de motonetista y un cinturón con dos revólveres. Su voz era de parlante político y ni le entendí lo que dijo. Aunque tenía dos revólveres en el cinturón, tenía otro en una mano y un montón de billetes en la otra. Le entregó al misionero de la barba los billetes. Mientras este los contaba otros dos misioneros habían sacado pistolas y ametralladoras y todos se amenazaban.

Ahora eran los ojos de los misioneros los que brillaban más que los diamantes y a medida que contaban los billetes se los metían por el buche.

Uno pensaba que iba a armarse la grande, con hartos tiros y hartas muertes. El jefe de la barba volvió a treparse a la barcaza y el agua lo levantaba y lo bajaba como si fuera un títere, aunque era requeté inmenso.

De pronto me di cuenta de que el negocio se terminaba en paz y que empezaban a despedirse. Teníamos que correr a todo chancho para llegar a la carpa antes que ellos y que no se dieran cuenta que habíamos descubierto su negocio. Así que partimos en primera con Juanito y el ovejero y llegamos a echar chispas en el suelo…



Cuando uno corre mucho no piensa, pero esta vez yo corría y pensaba.

Es la primera vez que descubro misioneros negociantes en diamantes. No me parece que tenga algo que ver con salvar almas… así que no me creo mal pensado si pienso que no son misioneros de verdad sino que más bien contrabandistas disfrazados. Porque los misioneros tampoco usan ametralladoras y también por lo que pasó…

Resulta que de pura fatalidad, antes de llegar a la carpa me enredé con el Juanito y rodamos por unas matas con clavos, algo así como tunas o cactus pero con clavos más filudos. Y quedé como un erizo, lleno de puntas y cada vez que me sacaba una, me salía un chorrito de sangre y tampoco podía correr con tanto clavo en las piernas. Total que los misioneros me alcanzaron, y lo único que se me ocurrió fue echarme a llorar para hacerme el guagua y dale con llorar y mostrar la sangre.

Los misioneros se habían puesto todos coléricos, pero con tanto llanto mío se fueron tranquilizando y parece que decidieron que yo no habría visto nada,

porque me sacaron las espinas, despertaron a Tucú y me dieron leche.

Hablaron mucho con Tucú y por último se enojaron con él, pero era Tucú el más enojado. Y por fin me explicó lo que pasaba.

—Tenemos que quedarnos aquí unos días —dijo Tucú—. Esta misión no nos deja partir… No somos más libres. Estamos prisioneros… —y se puso a llorar lágrimas cafés.

13

Cuando uno es chico y ve a un hombre grande y negro llorando se siente rubicundamente raro. Porque no es lógico que un chico consuele a un grande, porque no es lógico que llore el grande y el chico mire, ni es lógico llorar sin saber por qué, ni es de hombre llorar cuando uno es lógico.

—Cállate mejor, Tucú —le dije bien furiondo.

—Tú no sabes lo que es ser prisionero (los negros son igual que las guaguas, no se suenan). Yo sí sé. Soy libre hace tres años no más… Ahora somos prisioneros de estos contrabandistas en diamantes… sollozó.

—Entonces ¿son contrabandistas? ¿Disfrazados de misioneros?

No pudo contestar por tanto llanto, pero dijo que sí con la cabeza.

—¿Y van a dejarnos presos de miedo a que los acusemos?

Más cabezazos y más lágrimas y mocos.

—Pero podemos arrancarnos… —le dije—. Es cuestión de pensar cómo lo hacemos… ¿Por qué hemos de ser nosotros más tontos que ellos?

—Porque ellos son pillos y… malos…

—Haremos un plan —le dije—. Yo he leído muchas cuestiones de espionaje y de bandidos. Déjame pensar un rato…

Los misioneros estaban empaquetando su carpa, recogiendo sus sacos y maletines, repartiéndose el dinero entre los tres. Tenían unos cinturones de puros bolsillos llenos de billetes y pegados al cuero; encima unos calzones impenetrables y más encima sus túnicas blancas. Parecían monjes de verdad y muy santos.

Cuando tuvieron arrollada la carpa llamaron a Tucú y le dijeron algo. Tucú se la echó al hombro como una mochila y paró de llorar. Juanito y yo llevábamos maletines livianos. Y partimos.

—Yo tendré que servirles de mula toda la vida —empezó a llorar otra vez Tucú—. A Juanito no le harán nada, pero a ti no te soltarán con lengua de miedo a que hables…

—Ah, pero yo sé escribir… —le dije.

—Mientras estemos presos ellos no temen nada…

—¿A dónde vamos ahora?

—A embarcarlos. Ya terminaron su misión. Llevan cien mil dólares cada uno…

—¿Y se contentan con eso? ¿Puros cien mil? ¿Por qué no les dices que eso es una porquería? Cuéntales que tu novia te junta diamantes… que te los da, que si prometen soltarnos tú les regalarás esos diamantes…

A Tucú se le secaron sus lágrimas ipso flatus.

—Lo malo ser que contrabandistas no tienen palabra. No cumplirán promesas de soltarnos…

—Ah, pero toda la familia de tu novia es caníbal… ¡Acuérdate! Con caníbales nos podemos defender…

—Ellos tienen ametralladora…

—Yo me encargo de liquidarla. Háblales tú de los diamantes de tu novia.

Tucú empezó a conversar. En los ojos de los contrabandistas volvió a brillar esa chispa de «codicia» y se volvieron amables con Tucú y hasta conmigo. Nos detuvimos a descansar y abrieron un paquete y comimos y bebimos cosas ricas. Ahora hablaban los cuatro como grandes amigos, todos iguales, todos sonrientes y empalagosos.

Yo entretanto pensaba cómo liquidaría las pistolas y la ametralladora.

Si mi papá me hubiera dejado limpiar sus armas, yo ya sabría cómo desarmarlas, pero los papás a veces son egoístas.

Yo sabía que un arma igual que un reloj, tiene que estar completa para que funcione. ¿Cómo podría robarle algún tornillo?

Los misioneros las habían dejado amontonadas en el suelo mientras almorzábamos. Solamente Dios me podría ayudar… Así que le dije:

—Señor, cuando uno tiene papás no necesita molestarte, pero cuando no tienes eres Tú el que tiene que ayudarlo. Por lo demás te estoy pidiendo puramente una idea…

—¿Con quién hablas con esa cara?, —me preguntó Tucú.

—Hablo con Dios. Le estoy pidiendo ayuda para librarnos…

Tucú me miró como si no me conociera, pero siguió comiendo.

Nos dieron entonces galletas con mermelada. Yo me apoderé del tarro. Tenía la idea. Empecé a pasearme raspando el tarro con la cuchara y de un repente me caí de guata encima de las armas. La mermelada del tarro se vació entera encima de la ametralladora y las pistolas… Pero antes de levantarme, me revolqué en la tierra y alcancé a echarles bastante a las famosas armas. Ahí quedó la crema…

El contrabandista de la barba se dio cuenta y lanzó un bufido.

Los tres se pararon a examinar el desastre. Era inútil limpiarlas con hojas y más hojas. Eran una melcocha pegajosa y barrosa de no acabar…

Hablaron entre ellos lanzándome miradas raras, pero decidieron desarmarlas para poderlas limpiar. Cada uno cogió un arma, sacó de su bolsillo un atornillador y empezó a desarmar la suya. Iban poniendo todos los aparatitos y pernos cada uno en un plato. Yo miraba fascinado. ¡Al fin estaba aprendiendo a limpiar esas cuestiones!

Uno de ellos sacó un frasquito de bencina y empezó a echarla en los platos. Revolvía las piezas en la vecina con el dedo, las limpiaba, y sacaba una a una para secarla con su pañuelo. Las secas iban quedando a su lado. Yo me paseaba entre ellos sin tocar nada… pero me las arreglé para echarme al bolsillo una porqueriíta cualquiera de cada plato, que haría desaparecer.

Cuando por fin terminaron, yo jugaba con Juanito y le había hecho un sándwich de pan, mermelada y tuercas que él se tragó feliz. Nunca jamás encontrarían las piececitas perdidas…

Al poco rato empezaron a echarlas de menos, a buscarlas. Movían hojas, papeles con comida, tierra, barro, maletas… Peinaban el suelo con verdaderas peinetas. Tucú ayudaba a buscar. Se iban desesperando. Las armas quedaron a medio armar. Se desvistieron, sacudieron sus ropas, desdoblaron la carpa… Por fin se convencieron que estaban mal armadas y vuelta al trabajo. ¡Nada!

Partimos y ellos iban furiosos porque ningún arma funcionaba. Tucú los convenció que no las necesitarían. Y nos encaminamos hacia la roca famosa, a la cueva de diamantes y al sitio desconocido del que me había hablado Tucú.

Juanito empezó a sudar y a poner caras raras. Se notaba que le dolía la guatita. La cuestión era que no vomitara…

Por fin se me quedó atrás, puso los ojos blancos y apretándose la cintura dejó perdida en la selva para siempre su comida y las tuercas. Volvió saltando a mi lado y seguimos caminando.



La cueva era negra y sudorosa, con un olor a cuento de piratas y aunque negra, brillaban por todos lados como ojitos de gato. Seguramente eran diamantes.

Los contrabandistas hablaban en secreto con Tucú, pero con eco. No era muy grande, sino que como un túnel, con salida al otro lado. Allá se veía el Reino de los Caníbales.

Una cancha muy linda, con casuchas de hoja de palmera, con terrazas, fogatas, trono, armas, humo, soldados, tambores, teatro y de todo. Era el despipe.

Los caníbales estaban cada uno ocupado de sus asuntos y ni se daban cuenta de que veníamos acercándonos.

Una señora mamá con su guagua amarrada a la espalda lavaba una paila en la vertiente. Tenía collares, aros en las orejas, en la nariz y el cogote, y sus dedos parecían un montón de lápices, tan largos y delgados.

Tucú hizo una corneta con sus manos y cantó un llamado. La señora, aunque estaba lejos, levantó los ojos, vio a Tucú y corrió hacia nosotros con toda la sonajera de sus joyas, sus gritos y su guagua…

14

Uno tiene miedo de los caníbales cuando anda con tres contrabandistas disfrazados de misioneros que son los que verdaderamente les gustan a los caníbales. También cuando es tan amigo del novio de una señora caníbala con guagua y todo, no hay peligro.

Tucú y yo estábamos felices de conocer esa guagua negra, gordita y brillante como un inmenso chocolate que se quiere derretir, pero no se derrite. Tucú y yo restregábamos la nariz en todo su cuerpo para mostrarle cariño, y la guagua se reía. La novia de Tucú hablaba como cantando, reía y hacía sonar sus joyas. Los contrabandistas miraban muy serios, con verdaderas caras de misioneros.

En el campamento sonaron tambores y se armó la fiesta: gritos, saltos y bailes, música moderna. Tucú en medio de los caníbales viejos conversaba muy feliz y los contrabandistas, asustados como Catete, hablaban, pero poco. Yo comía cocos, miraba y jugaba con un montón de diamantes que había ahí en un plato de greda. Tenían lindos colores pero formas muy chuecas.

—Oye, Tucú —le dije cuando empecé a aburrirme—. ¿Puedo llevarme una de estas piedras para mi mamá? A ella le gustan…

Hacía rato que me estaba acordando de mi mamá, no solo porque me aburría sino porque siempre me acuerdo de ella cuando me paso un día entero sin verla. Pero Tucú puso una cara rara.

—Los misioneros quieren negociar piedras —me dijo—. Después que ellos elijan, tú llevas las que sobren…

—¿Todavía quieren más?, —pregunté pensando en los sacos que ya habían vendido.

—Muchas más —dijo Tucú con cara más rara todavía.

—¿Y van a pagarlas con billetes? ¿Para qué sirven los billetes aquí en la selva? No entiendo ni jota…

—Van a darnos talismán —dijo Tucú.

—¿Qué es un talismán? —(Yo me imaginé un auto inmenso…).

—Un talismán contra los males, las enfermedades, los espíritus malignos y hasta contra la vejez y la muerte…

—¿Es algún papel?, —pregunté paraplético—. ¿Algo como un seguro de incendio?

—Nooo. Un talismán. Vale más que todas las piedras preciosas…

—¿Es algo vivo? ¿O es eléctrico?

—Mira —me dijo con cara de profesor en la tarde—. Es una cuestión que no parece valiosa, pero que tiene virtud…

—¿Cómo la varilla de virtud de los cuentos?

—Así, pero no ser varita. Es diferente.

—Ya entiendo, un aparato mágico. ¿Se los va a dar garantido?

—¿Cómo garantido?

—Bueno, pro-ba-do, ¿entiendes? Funcionando…

—Siempre funcionan —dijo pensativo.

—Yo tenía un amigo que cambió su bicicleta por una cuestión de esas para salir bien en los exámenes y salió rotundamente mal —dije.

—Tu amigo no sabe de talismanes. Aquí hay técnicos… hechiceros… Ellos saben.

Tucú me mostró un caballero negro y seco como alambre mohoso.

—Padu —me dijo mostrándolo— es hechicero. Saca el espíritu malo a los poseídos cortándole los brazos o las piernas. Ahora lo hará con talismán.

—¿Y sin cortarles nada?

—Sí. Con solo talismán… Antes, para curar el dolor de muelas de uno había que arrojar al lado a toda la tribu. Ahora lo curará con talismán…

—¡Ojalá! Pero yo creo que sería mejor traer un dentista.

Es lo malo de los novios de los caníbales: son porfiados y duros para entender. Creen puramente en los talismanes, o en las brujerías. Y yo creo que les encanta hacer malos negocios. Porque apenitas dije esto, Tucú me quitó el plato con diamantes, se lo pasó al hechicero y el hechi se lo pasó al contrabandista de la barba y entre los tres ídems empezaron a manosear y revisar las piedras. Había que ver cómo les brillaban los ojos. Uno ni sabía si eran piedras preciosas que se habían metido en la cara. La cuestión es que hablaban y hablaban y yo les cateaba las manos para ver si se robaban un diamante, pero ni uno.

Bueno, por fin después de mucho brujuleo, mucho contarlos, tomarles el peso y morderlos, el barbón se los echó al bolsillo y con toda ceremonia sacó un paquetito chico que le entregó al hechicero.

Todos los caníbales negociantes estiraron el cogote y entonces fue a ellos que les empezaron a brillas los ojos, hasta el mismo Tucú.

El hechicero hizo una reverencia y empezó a desenvolver el paquete como si fuera la bomba atómica. Hasta yo estaba supersónico. Por un plato sopero con diamantes uno se espera algo mundial…

Y dale con papel y más papel hasta que por fin, chiquitito, aparece un dedal. Un dedal rojo de plástico igual al que tiene la Domi en su costurero. Yo abrí la boca y creo que me tragué cien moscas tsé-tsé. No pude decir palabra.

El barbudo le enseñó al hechicero a ponerse el dedal, y como tenía los dedos flacos, le quedó pintado. Su cara era de perpetua felicidad.

Esto era una estafa. Si yo dejaba que esos contrabandistas se pintaran a trescientos caníbales cambiando un platazo con diamantes por un fétido dedal plástico, yo resultaba un encubridor. Eso jamás. Yo no podía aguantarlo.

Cerré la boca para poder abrirla y hablar, pero en ese momento se me acercaron los otros dos falsos misioneros y me apretaron un chocolate inmenso contra la boca y lo sujetaron ahí hasta que no tuve más remedio de comerlo. Mientras tanto los caníbales hacían toda clase de venias al dedal, prendieron una fogata y empezaron a saltar alrededor. Yo traté de acercarme a Tucú para hablar con él y explicarle, pero los tres contrabandistas como adivinando mi pensamiento me rodearon y me tuvieron sujeto.

Estaba prisionero.

Bueno, yo estaría prisionero pero no estaba muerto. Así que no me defendí sino que miré mucho y vi esto: vi que mientras dos sujetaban el tercero rasgaba un coco abriéndole una boca pero cuidando que no se le rompiera el cuerito de afuera. Vi que le vaciaba la leche y luego lo llenaba con los diamantes hasta que no le cabía ni uno más y vi que lo cerraba con cuidado estirando el cuerito para que no se notara que había sido abierto. Y vi también que lo amarraba con otros cocos más…

Quién sabe si sería la noche o me tragué muchas moscas, pero yo tenía sueño. Tucú y los contrabandistas también. Los caníbales tocaban un tamborcito que no paraba nunca y ayudaba a dormir. Y nos dormimos.

Cuando despertamos yo le dije a Tucú:

—Tú le prometiste a mi mamá que volveríamos al día siguiente y creo que van dos días… Acuérdate de que ella tuvo confianza en ti.

—Ahora mismos nos vamos —dijo él. Los contrabandistas se despedían también. El adiós de Tucú con su novia se iba poniendo largo.

—Oye —le dije a Tucú—, ¿por qué no te la traes con guagua y todo?

15

La idea de venir con nosotros le pareció estupenda a Cinta y su guagua y yo creo que las dos pueden ayudar a la mamá a entretener a la Ji. Y lo bueno de los caníbales es que no tienen maletas ni tonteras que llevar sino que puramente unos cuantos cocos y collares para la guagua y se acabó el cuento. Así que la Cinta se despidió con unos pocos refregones de nariz y partió con nosotros y los contrabandistas.

Pero apenitas pasamos el túnel de vuelta, los contrabandistas se despidieron de nosotros y se perdieron por un camino desconocido.

Tucú caminaba adelantes con la guagua de chocolate y Cinta, hablando su idioma raro y nosotros con Juanito los seguíamos.

Me dio hambre y le pedí un coco a Cinta y nos sentamos a comer. Ella los llevaba ensartados en un palo y eligió uno muy regodeonamente y por fin lo partió. Yo elegí otro, pero Cinta me lo arrebató con bastante mala educación. Yo la miré extrañado, entonces Tucú cogió ese coco y lo abrió dejando caer en su mano… miles de piedras preciosas.

Yo quedé paralelo. ¿Qué había pasado? ¿Cómo lo habían hecho? ¿En qué momento cambiaron los cocos de los contrabandistas?

—Es una historia vieja —dijo Tucú riendo.

—Cuando descubran que han sido engañados nos van a matar —le dije a Tucú.

—¿Con qué armas?, —rio Tucú.

—Sabes, Tucú, si tú crees que ellos te dieron un talismán y tú les robaste sus diamantes, eres un ladrón…

—Yo vi tu cara cuando sacaron el talismán… Yo vi cómo te taparon la boca para que no hablaras… Yo comprendí que el talismán ser falso y los diamantes ser verdaderos. Entonces cambié los cocos mientras hacían su sarta.

—Eres muy habiloso Tucú —le dije—. Me gustaría ser amigo tuyo siempre…

Tucú había tomado un desvío y llegamos luego a un camino y al poquito rato pasó un camión que nos llevó de un tirón hasta Kimberley.

Pero mi mamá estaba renerviosa con la cuestión de que no llegábamos y ni se consoló con todas las piedras que le ofrecía Tucú. No quiso recibirlas y dijo que las odiaba porque por culpa de ellas se había perdido papá.

—¿Cómo se perdió mi papá?, —pregunté.

—Tú sabes que partió con Siku antes que ustedes… —no pudo seguir porque le dio por llorar.

—¿Y no volvió jamás?, —le pregunté para ayudarla. Más lloraba sacudiendo la cabeza en «sí». Claro que la pobre llevaba tres días sola con la pura Ji y esperándolo, pero uno no debe ser nervioso y menos cuando un grande se pierde. Aparece.

—Estamos en África —hipó—; hay fieras, hay caníbales, hay contrabandistas y ladrones de diamantes…

—Bueno, pero papá no tiene ni un solo diamante —alegué.

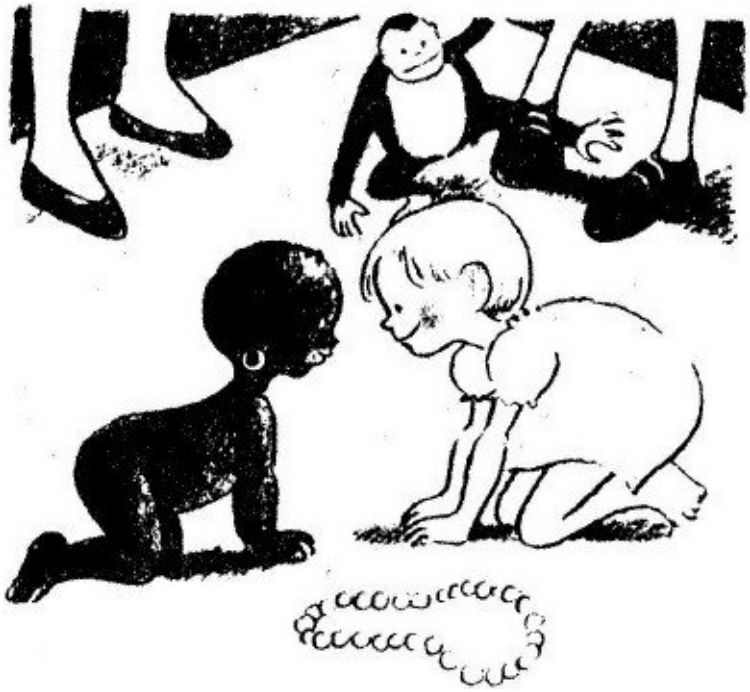
—Hemos venido con él a buscarlos… no querrá volverse sin ellos —seguía llorando.

—Y no se volverá sin ellos. Para eso tiene aquí un coco lleno… —y le mostré el tesoro.

—Son de Tucú… No quiero ver un diamante en toda mi vida —y aceleró en primera. ¡Ni sé lo que pasa en África que a la gente le da por llorar!

—Podríamos poner un aviso en algún diario para encontrar al papá —le dije.

Juanito aplaudió con sus inmensas manos, como si entendiera. La Ji se chacoteaba con la guagüita negra y me mamá suspiraba. De repente me bajó toda la rabia, porque me cargan los problemas pelados. Me gustan con solución.



—Oye, Tucú —le dije a ese negro enorme—. Tú conoces esta tierra y tienes novia aquí y todo. Tú estás obligado a encontrar a mi papá. ¿Qué esperas?

Tucú se puso plomizo. De verdad me tenía miedo.

—Con Siku no puede perderse —dijo—. Con Siku andará en las minas de diamantes sin peligros…

—Bueno, anda a buscarlo. ¿No ves que mi mamá está llorando? Anda a las minas, tráelo y no demores…

Tucú partió al tiro como si lo hubiera mandado el jefe de los caníbales. Sus patas largas se perdieron corriendo calle abajo y mamá me miró con cara de tenerme confianza.

—Vamos a comer algo, hijo —me dijo tomándome la mano como a un pololo—. Ni siquiera me he preocupado que debes tener hambre… —y me llevó al restorán del hotel para que pidiera lo que me diera la gana. Y pedí de todo.

Para distraer a mi mamá de sus nervios la convidé a las tiendas y como estaba contenta de verme me compró muchos regalos.

—Tú nunca pides nada —me dijo en una juguetería y me dio tanta lástima de mí que pedí al tiro una ametralladora. Claro que no es de verdad, pero es casi de verdad porque cuando dispara lo sacude a uno entero y le afloja todos los dientes de adelante. Pedí también una flecha con veneno y todo, un tambor de esos de la selva y una batería para *jazz*. Porque cuando uno no es tribu en su casa y son puras dos personas, para poder sentirse acompañado hay que

tener batería. Mi mamá estaba tan de buenas que me la compró, a cuenta de las notas que pueda tener cuando vuelva al colegio.

Volví al hotel bastante feliz. Pero tal como dicen los sabios viejos: la felicidad de este mundo dura poco, y junto con llegar la hora de comida vino lo trágico.

Porque llegó Tucú con la mala noticia de que papá y Siku estaban presos. Hay que ver lo terrible que es ser hijo de preso. Tan terrible como ser viuda de preso, porque mi mamá se puso verde y ¡prum!, al suelo.

El dueño del hotel le dio un trago y una señora le palmoteó los cachetes mientras la novia de Tucú daba saltos y gritos espirituados.

En fin, que cuando la pobre abrió los ojos había catorce personas con ella, contando a la Ji y Juanito. Y una de estas personas era bastante importante porque hablaba hasta castellano, aunque pésimo.

La cuestión es que este caballero nos llevó en auto con la Ji y mamá a una oficina que es lo más importante que hay en Kimberley y entre suspiros, llantos, hipos y tragadas de pena salimos con otro caballero más en camión a la cárcel.

Yo ni tenía la mayor idea de lo que es la cárcel de Kimberley, pero por fin la conocí. Y también esos carabineros que ni se sabe que son más que por el sombrero porque lo demás es cuerpo y el trapito de siempre en cierta parte. Y el Jefe hizo traer a papá y le tomaron declaración con intérprete. Le hicieron hacer un cheque y por fin lo largaron.

Resulta que parece que el tal Siku es un buen pillo que quería comprar diamantes por un sistema que se llama soborno y que no resulta y además es prohibido. Y también mi papá creía que Siku era presidente de no sé qué mina. Total que Siku se lo pitó. Menos mal que papá no es culpable, aunque sí un poco pasado por agua.

Y ahora papá y mamá no acaban nunca de pelar a Siku y mi papá cuenta a cada rato algo que «le llamó la atención» y que él hacía días que se lo estaba «temiendo». Total parece que nos volveremos a Chile sin oro, sin diamantes y sin Siku.

16

Pero ni es tan fácil volverse a Chile del África cuando se acaba el dinero. Porque a papá se le acabó de frentón cuando hizo el cheque para salir de la cárcel de Kimberley, y quedamos «pelados».

Uno puede estar acostumbrado a ponerse pobre de repente en Chile, y puramente se nota en que la gente rezonga cuando se acaba el arroz, se quiebra un vidrio o cosa por el estilo, pero quedar pobre en el África es requeté distinto. Porque no hay ni un pariente, ni almacenero conocido. Cuando un papá se vuelve pobre en otro país, pierda además de la plata, la confianza de todo el mundo, y toma mala fama y el dueño del hotel nos trata como si fuéramos ladrones, y nadie nos saluda. Dice el botones que ahora somos «aventureros» y vivimos con una cuestión que se llama crédito y dicen que es un poco carrilearse. Total mi papá traspira todo el día y se seca la cara y el cogote con la mano para no ensuciar más pañuelos y pone cables a Chile y pregunta ocho mil veces al día si ha llegado uno para él. Mi mamá encerrada en el cuarto del hotel trata de venderle sus vestidos a las camareras y yo con la Ji nos damos vuelta esperando que pase algo. Estamos preocupados. Y es tremendo preocuparse. Cuando yo sea grande nunca me voy a preocupar, para no preocupar a mis hijos.

Menos mal que Tucú cambió de pelo, aunque no mucho. Vendió uno de los diamantes y con lo que le pagaron, ocupó la mejor pieza del hotel que es pituca y con salón bien macanudo. Claro que la tiene en un desorden estereofónico, el suelo lleno de fruta y cachureo y todo está pegajoso y ni se puede pisar sin reventar algo. Duerme en el suelo porque le carga la cama y la usa de mesa de comedor y la guagua de chocolate, siendo tan chica, es tan canibalita que se comió casi toda la colcha. Y al dueño del hotel ni le importa porque ellos pagan todo. Así que tampoco se enoja que el Juanito viva con ellos y se pasea hasta por el comedor.

Después de mucho preocuparme yo le dije a papá:

—Papá, ¿por qué no le pides prestado un diamante a Tucú? Podríamos volver a ser gente honrada y hasta podrías pagar los pasajes para Chile…

—Jamás le pediré un préstamos a Tucú. Es un buen hombre, pero no es civilizado. Durante tres horas he estado tratando de hacerlo entender que esos diamantes son del gobierno de Kimberley y que debe devolverlos.

—Pero si es una mina secreta de los caníbales, o de Cinta…

—Tampoco lo entiendes tú… Bueno, no es raro. Yo mismo me engañé en Siku y sus minas de diamantes… Creí que eran suyas, que las explotaríamos a medias… Ahora Siku se secará en la cárcel durante años.

—¡Pobre Siku!

Fue todo lo que dije, pero papá me pescó de una oreja y me elevó un metro del suelo.

—¿Pobre?, —chilló—. ¡Es bandido! Un pícaro que me arrastró a este lío desastroso… Es un estafador ¿entiendes? Y se merece bien su castigo.

—Pero Tucú no es estafador y tiene diamantes —alegué.

—Tucú entenderá algún día que ha vendido un diamante que no era suyo. Si lo sorprenden irá a la cárcel con Siku…

—No lo creo… Se ha comprado un avión con piloto y todo…

—También Siku tenía su avión y su piloto —dijo papá furioso.

—Tucú se va mañana no sé a dónde, y podría llevarnos… —dije.

—No me iré con él. No me moveré de aquí hasta pagar mis deudas.

—Lo malo es que mientras más se quede, más debe.

La Ji se atoró y se puso roja con los ojos de pescadería. Papá la remeció y la sacudió hasta que sacó el resuello. Pero con el resuello vomitó un poco y en la saliva salió un diamante verde.

—¡También ella!, —gritó papá como si hubiera visto al diablo—. Le ha robado una esmeralda a ese maldito negro…

Y hasta ahí no más aguanté yo. ¿Maldito Tucú, mi mejor amigo? ¡¡¡No!!!

—Papá, Tucú es bueno, aunque sea negro y no quiero que lo maldiga. Él tiene alma igual que usted y tiene mujer con alma y guagua con alma y todo…

—Es posible, pero son caníbales. En cualquier momento pueden volverse contra nosotros y hasta comernos…

—No les gusta ya comer gente, desde que los convertí…

—¿Tú los convertiste? ¿En qué los convertiste?

—Bueno, todavía no están bien convertidos, pero ya saben que Dios no es el fuego y otras cuestiones que les he explicado. Acuérdese que vine al África de misionero, y antes de volverme, por lo menos quiero convertir a un caníbal…

—¿Lo has convencido de algo? ¿Por qué no lo convences que devuelva esos diamantes que no le pertenecen? Le harías un gran bien…

—No lo convenzo porque creo que son suyos…

—Entonces tú tampoco entiendes… Todas las minas de Kimberley pertenecen al gobierno y todos los diamantes de ellas. ¿Está claro?

—Está claro, pero lo de Cinta son de ella… Es una mina secreta.

—Secreta o no secreta es del gobierno. Ya verás cuando descubran que Tucú vende piedras preciosas; a ver qué hacen con él y Cinta…

Me dejó con remordimiento y cuando vino Tucú a buscarme para salir con Juanito, tuve que explicarle lo que decía papá. Supongo que cuando uno convierte a un caníbal tiene que enseñarle también la cuestión de las leyes, de los robos, de los pecados. Y Tucú me entendió al tiro.

—Si diamantes no ser míos, yo devolverlos… —dijo simplemente y quiso volverse al tiro donde Cinta. Habló con ella en su idioma y juntaron sus piedrecitas para ir a ver a papá.

—Querer que usted devuelva esto a su dueño —dijo Tucú—. Yo creer que era de Cinta…

Papá me miró con respeto. Me envidiaba que yo hubiera hecho entender a Tucú lo que él nunca pudo. Y bajó con nosotros a la oficina del hotel. Habló con el dueño, pidió un taxi y partimos los tres a una dirección africana. Era como la casa del tesoro de este país.

Hablamos largo en una oficina choriflai que tenía enormes ventiladores y negros con metralletas y aunque uno no entendía ni palabra, entre los caballeros de la oficina, Tucú y papá se las arreglaban regio.

Total que salimos por fin, sin los diamantes, pero con un papelito como cheque o billete.

—Explíqueme qué pasó —dije en el taxi que marcaba muchos números.

—Devolvimos los diamantes de Tucú al Fisco —dijo papá sintiéndose como viejo pascuero—. Pero lo bueno del caso es que esa mina no estaba registrada…

—¿Registrada?, —pregunté.

—Inscrita. No había sido descubierta, tal como dijo Cinta. Era una mina secreta y por su descubrimiento, por su registro, le han dado a Tucú un cheque que significa una fortuna…

—¿Una fortuna? ¿No lo meterán preso?

—Al contrario. Él y Cinta han ganado honradamente ese dinero.

Tucú reía con tantos dientes que parecía se le iba a partir la cara.

—Yo honradamente —decía—. Cinta esposa yo honrado… Yo ahora poder tener amigos… poder ayudarlos… prestarles dinero para viaje…

—Papá —le dije—, Tucú está ofreciendo prestarte dinero y tú no puedes ahora decirle que no…

Papá se puso más colorado y Tucú repitió su discurso. Mi mamá lloraba de alegría. Total que papá aceptó el préstamo y se fue derechito a pagar la cuenta del hotel. El dueño y todos los mozos se volvieron amables y sonrisosos y nos reverenciaban como a reyes.

Yo les hice un desprecio, y Tucú otro. Juanito saltó sobre el mesón y echó a volar todos los papeles y libracos, y nadie lo retó.

—Tucú —dijo papá cuando salimos—, ¿dónde debo mandarle el dinero que le debo?

—No mandarlo —dijo Tucú sacudiendo su cabeza con trompa y todo—. Entregarlo algún día. Nosotros ir con ustedes. Querer viajar, conocer… Avión de Tucú llevarnos donde quieran… Volar por mundo entero.

Total que conversando y conversando, mi papá llegó hasta el avión de Tucú y vio que era un coloso y su piloto de primera, y se convenció.

A mi mamá le daba bastante tilimbre volar con una familia caníbal, pero se tragó su soberbia porque al fin de cuentas eran los mejores amigos de papá, o por lo menos los únicos.

Mientras papá se dedicaba a sacar pasaportes y carnets para la familia de Tucú, mamá convenció a Cinta que tenía que usar vestidos. Y ella se cosquilleaba entera con la ropa y le daba por reírse y más reírse, pero se veía bastante choriflai yo creo. Porque cuando bajó al comedor esa noche todos los mozos chiflaron. Y Tucú con un terno blanco se había vuelto grave y parecía algún señor del aeropuerto o de una orquesta internacional. Juanito y la guagua de chocolate eran los único que usaban su propio cuero sin disfraz…



Esa noche comimos todos juntos para acostumbrarnos y para que Cinta y Tucú aprendieran a usar plato y tenedor. No resultó mucho porque era más lo que se chorreaban con la mala puntería que tenían y por fin creo que no comieron nada, y tuvieron que pedir repuesto a su famoso cuarto de lujo. Pero sirvió de ensayo.

Ayer ni pude escribir mi diario porque mamá me dejó haciendo las maletas mientras ella llevaba a Cinta a comprar ropa interior. Yo hice la maleta pero al cerrarla se me reventó. Así que tuve que vaciarla y hacerla componer y total que nadie quería arreglarla y yo de pura buena voluntad traté y traté hasta que se hizo más pedazos. Yo creo que tenía gangrena. La cuestión fue que tuve que comprar otra a cuenta de papá y la compré inmensa para que cupiera todo de una vez. Y había tanto hueco que sobraba que eché todo lo que pillé y todo lo que cupo y la cerré por fin. Tenía una chapa de tres vueltas.

Pero lo que pasó es que ni papá con Tucú la pudieron mover de lo puro pesada que era. Y la mamá exigió que la abrieran y desordenó todo y sacó la mitad de las cosas porque dijo que eran muebles y menaje del hotel y total compró otra maleta y la llenó ella a su gusto. Y me hizo perder un día entero de mi vida.

Pero por fin vamos volando instalados en el avión de Tucú.

Lo único malo es que la Cinta y Juanito pusieron cara romántica al elevarnos y a los dos se les pararon todos los pelos y Juanito parecía un erizo

gigante. Estaba turnio y con sus grandes manos heladas se abrazaba de mí. Tenía miedo. Y el miedo en los animales es mucho más atroz que el de la gente porque a uno le da pena.

—Tienes susto —le expliqué a Juanito—. Y no debes tenerlo. El ruido es retroimpulso, ¿entiendes?, para que el aparato se eleve. Y total, nos separamos de la tierra que es dura y nos sostenemos en el aire que no tiene color ni malos caminos. ¿Se te pasó el susto?

Juanito se enroscó en el asiento como un caracol y escondió la cabeza entre sus pelos parados. ¡Pobrecito! Yo pensé que lo mejor era bajárselos de una vez para pasarle el miedo, lo rocié con laca de pelo y lo peiné con mis manos y brazos. Quedó flaco y tieso, pero sin susto. No se podía mover de lo duro que estaba.

—Juanito —le dije paulatinamente—. Un motor a retroimpulso es igual que los tambores de la selva pero más ligero. Desturnia tus ojos y confía… Ahora que vamos en este avión somos puras semillas en la barriguita de un pájaro grande. Y los pájaros nunca caen del cielo y siempre vuelan.

Juanito entendió, cerró los ojos y se quedó dormido.

Cinta y Tucú estaban maravillados viendo el mar desde arriba, mirando los montes, los bosques y ciudades. Sus caras parecían monos de aviso, puras bocas y risas. La Ji con la guagua negra se chacoteaban contentas. Mi papá y mi mamá hacían planes y conversaban como si hiciera veinte años que no se veían. Puramente yo era el callado.

Claro, con Juanito durmiendo ahí a mi lado, todo chico, peinado y duro de laca, sin tener con quién hablar, obligado a pensar. Y pensaba en África que habíamos dejado atrás. Pensaba en los caníbales, en las tribus salvajes que no había convertido, en esa cantidad de gente con calma y que ni sabe que la tiene. Y me venían ganas de ponerles telegrama, de bajarme del avión y correr por las selvas con una gran trompeta cumpliendo mi vocación de misionero. Es muy fregado cuando uno se da cuenta que no ha cumplido su misión. Se parece mucho a esos sueños en que uno va a hacer una cosa macanuda y en ese momento despierta. Es tremendo. Creo que es lo que llaman «fracasar».

Pero yo no quiero fracasar, no quiero pensar que soy así. Quiero seguir siendo misionero en Chile y convertir a todos los hijos de Tucú y Cinta que ojalá tengan miles para saber que he cumplido bien mi misión.

Y si me sobra tiempo, voy a tratar de civilizar a Juanito y quién sabe si cuando logre que sea más inteligente que mi papá, a lo mejor consigo que le salga alma, aunque sea un alma completamente mortal y pacotilla.



Marcela Paz —pseudónimo de la escritora Ester Huneeus Salas— fue una mujer excepcional, capaz de construir una prosa fresca y natural.

Educada en su casa por profesores particulares quienes le enseñaron, además de las asignaturas habituales, los idiomas inglés, francés y alemán, comenzó a escribir desde muy joven en revistas y periódicos. Usó diferentes pseudónimos, entre los cuales se quedó definitivamente con Marcela Paz; Marcela, por ser admiradora de la escritora francesa Marcelle Auclair, y Paz porque —según ella misma decía— necesitaba ese don.

Cuando, antes de casarse, su novio, José Luis Claro, le regaló una agenda, Ester decidió escribir en ella el diario de vida de un niño. Y fue así como nació su hijo más célebre: Papelucho, de quien puede decirse, sin duda, que es ya un clásico de la literatura infantil chilena.

Creadora además de una singular galería de personajes como los Pecosos, el Soldadito Rojo, la Colorina, Sebastián, Catita y Perico, entre otros, fue también la fundadora del IBBY (International Board of Books for Young People) en Chile.

Con un amplio reconocimiento tanto en el país como en el extranjero, entre los varios premios y distinciones que recibió a lo largo de su vida, obtuvo dos muy importantes: el diploma de mérito que la incluyó en la lista de honor

«Hans Christian Andersen» concedido por el Congreso Internacional del IBBY reunido en Suiza en el año 1968 —y que fue otorgado por primera vez a un autor latinoamericano— y el Premio Nacional de Literatura 1982, que coronó su infatigable desempeño en el mundo de las letras.